



ANGELICA MARTINEZ DE VINUEZA
Profesora Normalista

PIEZAS DRAMATICAS

EDUCATIVAS

TERCER VOLUMEN



700

Imp. Municipal "El Alcazar" - Puerto

862
M. 17

Piezas Dramáticas

Educativas

por

Angélica Martínez de Linuesa

Profesora Normalista

Tercer Volumen

Imp. Municipal "Pedro Moncayo" - Ibarra.



FLORES MARCHITAS

DRAMA EN DOS ACTOS

~~*****~~

PERSONAJES:

- Sor Esperanza* . . . *Hermana de la Caridad de 30 años*
Mazor Prudencia. *Italiana, Superiora del Orfanatorio, de 50 años*
- Marta* *Niña huérfana*
Guadalupe " " *de seis años*
Lilia " " *de cinco años*
Leonor " " *de trece "*
Eloísa " " *de quince "*
Carmela " " *de catorce años*
Aida " " *de quince "*
Honoría " " *de catorce "*
Lucrecia *Empleada del Orfanatorio, de 20 años*
- Doña Mélida* . . . *Madre de Gloria y Sofía, de 45 años*
Gloria *de 18 años*
Sofía *de 20 "*
Don Alfonso . . . *Notario*
Don Ignacio . . . *Amanuense de don Alfonso*
Inés *Sirvienta de un hotel*

ACTO PRIMERO

ESCENARIO.— La sala interior de un Asilo de Huérfanas. Al centro, en una mesa, se ve la imagen de la Virgen adornada con flores. Al contorno hay asientos de madera rústica.

Al levantarse el telón, aparece un grupo de huérfanas, con delantales blancos, sentadas, remendando ropa. Las tres pequeñas forman un grupo aparte.

ESCENA I

Marta, Lilia y Guadalupe.

LILIA.— Marta, ¿qué más te llamas?

MARTA.— (Con ingenuidad) Martita.

GUADALUPE.— Marta, ¿de qué?

MARTA.— De nada más. Acaso es necesario tener hartos nombres?

LILIA.— Pero si se necesita tener apellido.

MARTA.— ¿Qué es eso de apellido?

GUADALUPE.— Eso es lo que está después del nombre.

LILIA.— Marta, a cuál de las monjitas quieres más?

MARTA.— Yo, a la Madre Esperancita.

GUADALUPE.— Ella también te quiere mucho a tí.

LILIA.— Y a la Madre Superiora, ¿la quieres?

MARTA.— (Moviendo la cabeza negativamente) Yo?

GUADALUPE.— ¿Por qué no la quieres?

MARTA.— Porque ella la hace llorar a la Madre

Esperancita. Yo no la quiero. La Superiora ya es viejota y todavía habla tartanga. Dice: **MATRE ESPERANCE** (Imitándola)

GUADRUPE.— (Riendo) Es extranjera; por eso no habla todavía bien el Castellano.

MARTA.— ¿Qué quiere decir extranjera?

LILIA.— Que no es del Ecuador.

MARTA.— Entonces, ¿de dónde es?

GUADALUPE.— Es de Italia.

MARTA.— ¿Será muy lejos Italia?

LILIA.— ¿Para qué?

MARTA.— Para que se regrese la Madre Superiora.

(Toda esta parte de la escena las niñas grandes, permanecen cosiendo en silencio)

ESCENA II

Las mismas, Leonor, Eloísa, Carmela, Honoria, Aida.

LEONOR.— ¡Ay!, qué horas tan largas son las de costura...

ELOISA.— Yo prefiero estar de semana para la cocina. Allí siquiera una se entretiene...

CARMELA.— (Burlándose) Claro: siquiera se entretiene probando de cuando en cuando.

HONORIA.— Yo tiemblo al lavado de ropa. Me hace ampollas las manos.

CARMELA.— Claro, que eso no distrae mucho.

AIDA.— Pero es menester poner amor al trabajo. Poner afición en realizar todos esos quehaceres.

Así salen bien y además, una se distrae.

LEONOR.— Pero en fin, todo es pasable. Pero a lo que más temo en esta Casa, es a la Madre Super-

riora, a Masor Prudencia.

ELOISA.— Dice que ella encierra en sí, todas las virtudes Teologales: Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza.

AIDA.— Debía llamarse aun cuando sea Templanza; pero no Prudencia, porque eso es lo que nosotros tiene.

TODAS.— (Riendo) Oh, sí.

ELOISA.— Ay, si no fuera por la Madre Esperanza, que es nuestro Angel Tutelar, ¿qué sería de nosotras?

CARMELA.— Pobrecita! Ella sufre los malos tratamientos de la Madre Superiora. Se sacrifica por nosotras. Ella es toda amor, toda ternura. Es el prototipo de una buena religiosa.

LEONOR.— Qué triste es vivir donde una no es dueña de su voluntad, ni siquiera de su persona. El día menos pensado, vienen a solicitar una huérfana para que sirva en una casa y escogen de entre nosotras, como a cualquier cosa, sin que una tenga derecho a protestar.

AIDA.— Y creen que una mujer que ha salido del Asilo, es más fuerte que un burro de carga. Que no se cansa, que no se agota, y la hacen trabajar sin término ni medida. Si sus energías se extinguen, si sus músculos crujen y se desgarran al impulso de un duro trabajo, si su voluntad desfallece, no importa: que trabaje, que para trabajar se la ha sacado del Asilo.

LEONOR.— Cierto es que tú ya has experimentado. ¿Cuánto tiempo estuviste donde esa señora?

CARMELA.— Tres años. Ya me iba a morir por eso me regresaron al Asilo. Pero eso porque estaba de Superiora la Madre Anita; si hubiese estado Masor Prudencia, no me volvía a recibir. Aquí

siquiera pasamos entre compañeras de infortunio.

LEONOR.— Pero por lo mismo, que todas llevamos igual suerte, debemos ser unidas, debemos amarnos como hermanas.

HONORIA.— Y lo somos en realidad: tenemos una madre común: la fatalidad. La desgracia es el lazo que más estrechamente une a las almas.

AIDA.— Dicen que allá en el mundo, hay mucho egoísmo, mucha envidia. Siquiera nosotras, que vivimos al margen de la vida, debemos estar alejadas de esos mezquinos intereses.

LEONOR.— ¿En qué piensas, Eloísa?. Tú siempre pensativa. Parece que vives una vida ideal, de ensueños. ¡Quién como tú! Pero a mí me abruma tanto el peso de esta vida, que no me deja ni soñar.

ELOISA.— Yo pienso....., y pienso tanto en nuestra situación y me pierdo en divagaciones. Pienso que las flores dependen de las ramas; que las ramas dependen del tronco, y que el tronco tiene sus raíces, por medio de las cuales, absorbe la savia que nutre y da vida a toda la planta. Y pienso que nosotras somos ramas sin tronco y que nada nos liga a la vida. Y pienso que somos flores marchitas apenas abrimos nuestras corolas a la existencia; flores sin la savia de un cariño, sin el calor de un hogar, sin la luz de una alegría.....

LEONOR.— Tú siempre romántica y filósofa. Aun que son muy amargas tus reflexiones, me gusta tanto oírte. Todas sabemos, todas sentimos estas terribles realidades; pero tú las dices de una manera que nos encanta oírte.

ELOISA.— Aquí no hay diferencia entre la niñez, la juventud y la vejez. En la niñez, no

hay caricias, no hay juguetes, no hay halagos. No hay sino trabajo y trabajo. Llega la juventud y una ni siquiera lo advierte: no hay ilusiones, no hay anhelos, no hay amor. Sólo hay redoblamiento de trabajo. I la juventud se extingue como lámpara que se apaga después de alumbrar inútilmente.... I llega la vejez con toda la crueldad de sus rigores, con toda la frialdad de su estoicismo, con toda la amargura del vivir....

LEONOR.— ¡Oh! Sí!: qué horrible debe ser la vejez cuando no se ha tenido niñez ni juventud; cuando la vida ha sido un dolor perenne y sin compensaciones.

CARMELA.— Miren, por allá pasa Lucrecia. Ya le ha de ir a avisar a la Madre Superiora que estamos conversando.

AIDA.— Ella es su secuaz y por adular a la Madre, anda siempre atisbando, para tener con que llegar.

LEONOR.— Ella no es huérfana sino empleada. I ha tenido la suerte de conquistarse la simpatía de la Madre Superiora.

(Siguen conversando en voz baja)

ESCENA III

Las mismas y Lucrecia

LUCRECIA.— (Entrando y con altanería) Uds. siempre cuchicheando a la hora de costura, en vez de terminar pronto. Esta no es casa de zánganos, sino de trabajo.

LEONOR.— Pero señorita Lucrecia, creo que por

desgraciadas que seamos, nos quedará siquiera el derecho de pensar y de sentir; el derecho de comunicarnos mutuamente nuestros pensamientos.

LUCRECIA.— (Burlándose) Miren cuánto han progresado en estos días las señoritas. Parece que han tenido alguna buena profesora. Pero hoy daré aviso a Masor Prudencia (sale).

LEONOR.— ¡Oh, esto es atroz. Que a una no le han de dejar libertad para nada.

(Conversan en voz baja).

ESCENA IV

Las mismas y Sor Prudencia.

(Cuando entra Masor Prudencia, todas se asustan, se ponen de pies y se quedan en silencio):

PRUDENCIA.— (Con tono áspero) ¿Qué significa esta.....alborota.....

TODAS.— (Mirándose mutuamente) ¿Quién habla?

PRUDENCIA.— ¡Oh el silencio, santu silencio. Pero no haber rimedio: dimonio andar suelto esta casa.

MARTA.— (Con ingenuidad) ¿Por qué no lo amarra?

PRUDENCIA.— (Con indignación) Silencio, mocha antepática, atrivida. Esto ser resoltados de mimos de Sor Esperance. Hoy tendrás encierro y vosotras en castigo, mañana no tomaron desayuno (Sale).

ESCENA V

Las mismas menos Masor Prudencia.

ELOISA.— ¡Oh, qué terrible es la madre Prudencia.

LEONOR.— Y eso que ahora ha estado paciente.

HONORIA.— Es insoportable.

ESCENA VI

Las mismas y Sor Esperanza.

(Apenas se asoma a la puerta Sor Esperanza, Marta corre a refugiarse en sus brazos, llorando)

MARTA.— ¡Madrecita! (agarrándose desesperadamente)

ESPERANZA.— (Acariciando a Marta) ¿Qué te pasa nenita?

MARTA.— La Madre Prudencia dijo que me va a encerrar.

ESPERANZA.— Pero, ¿has cometido alguna falta?

LILIA.— La Madre dijo que el demonio andaba suelto y Marta le contestó que lo amarre.

ESPERANZA.— (Riendo) Otra vez no vuelvas a decir nada.

CARMELA.— Venga, Madre Esperancita, venga siéntese un momento entre nosotras.

ESPERANZA.— (Se sienta cariñosa en medio de las chicas) ¡Ay!, pero si me sorprende Masor Prudencia.....

LEONOR.— Ay Madrecita, si no fuera por su Reverencia, ¿Qué sería de nosotras?.

ESPERANZA.— Ojalá yo pudiera darles todo el amor, toda la ternura que les falta. Yo también como Uds., he sentido la falta de las caricias maternas; he sentido el frío que deja en el alma la indiferencia de los que nos rodean; he sentido el anhelo de un amor desinteresado y puro. Por eso he venido a este Santo Asilo, para prodigarles algún consuelo; para darles todo el amor de mi vida, en reparación de lo mucho que les negó el destino.

ELOISA.— Nosotras, bendecimos a Dios cuando estamos a su lado.

MARTA.— Madrecita, mándenos a Lilia, a Guadalupe y a mí, un ratito a jugar al jardín.

ESPERANZA.— Bueno; pero cuidado con arrancar las flores.

LILIA.— ¡Oh!, qué felicidad!

GUADALUPE.— Pero si nos ve la Madre Prudencia... le hemos de hacer creer que somos pajaritos. (Salen las tres pequeñas).

ESCENA VII

Las mismas menos Marta, Guadalupe y Lilia.

ESPERANZA.— ¡Pobres chiquitinas! A Lilia la trajeron recién ayer. Tengo tanta pena cuando traen aquí una nueva huérfana... Pienso que es otro despojo de la vida que nos envía la miseria.

LEONOR.— Felices estas chiquitinas que todavía no alcanzan a comprender la tristeza de su abandono y juegan y ríen alegres.

CARMELA.— ¡Qué dulce debe ser tener hogar,

tener madre!... Su reverencia alcanzó a conocer a su madre?.

ESPERANZA.— ¡Oh, sí! Yo tenía diez años cuando ella murió. Ha pasado ya veinte años y sin embargo, su recuerdo está latente en mi corazón. Tengo en mi mente grabada aquella escena: Había allí muchas personas. No me dejaban penetrar hasta la estancia donde mi madre agonizaba. Pero yo, desesperada, me escabullí entre la multitud que rodeaba su lecho, llegué hasta mi madre y me arrojé en sus brazos sollozando. Ella abrió mucho los ojos y me miró, me miró con una mirada tan intensa y tan llena de ternura, que hizo estremecer todo mi ser... Y tomando luego mi cabeza entre sus manos trémulas, me apretó convulsiva y me besó frenética, como queriendo arrancarme de esta vida para llevarme con ella. ¿Por qué no volaría mi alma junto con la suya?.

AIDA.— Es que Dios la ha de haber dejado a su Reverencia para que sea nuestro consuelo.

(Todas se enjugan en silencio las lágrimas)

ESPERANZA.— Pero hago mal en conmovertas con estos relatos de mi vida.

HONORIA.— ¡Oh sí, madrecita, cuéntenos. Nos interesa tanto todo lo que se relaciona con su Reverencia...)

LEONOR.— Siga contándonos, madrecita. ¿Cómo se hizo monjita?

TODAS.— Sí, cuéntenos.

ESPERANZA.— Cuando murió mi madre, yo quedé bajo el cuidado de mi padre. Al principio, fué bueno y cariñoso; pero después, se volvió a casar; tuvo otros hijos, y entonces, yo ya es-

tuve demás en su casa. Por otra parte, yo sentía anhelos de consolar a los que sufren, de prodigar mi cariño a los que no tienen madre. Entonces pensé que la mejor forma de llenar mis aspiraciones, era hacerme Hermana de la Caridad. Me fui a un convento y después de profesar estuve trabajando en un Hospital, y por último me nombraron a este Asilo. Y tú Aida, conservas algún recuerdo de tu madre?

AIDA.— Muy apenas. No tenía sino cuatro años cuando ella murió. Yo no tengo padre. Unas parientes de mamá me recogieron.

HONORIA.— Pero te han tenido bastante tiempo: recién viniste a este Asilo.

AIDA.— Sí, pero no sabes los malos tratamientos que he tenido que soportar. Aquí estoy mejor.

LEONOR.— Nosotras hemos pasado aquí desde los primeros años. A mí me parece que vivimos en otro mundo, lejos de la vida..... Y cuando el viento trae hasta acá el bullicio de la ciudad, tengo ansias de vivir aquella vida.

ELOISA.— ¿Cómo es la vida, madre?

ESPERANZA.— ¡Oh!, la vida es terrible, hijas mías. No todo es alegría en el bullicio mundial que se escucha a lo lejos. Allá en la vida, todo es lucha. Hay tanta miseria, tanto dolor, tantas lágrimas en medio de la algazara de las grandes ciudades. Allá en la vida, hay muchos egoístas que sacrifican todo el bien ajeno, a sus mezquinos intereses. Allá triunfa la fuerza, la riqueza, el poder, sobre la debilidad, la pobreza y la miseria: hay muchos explotadores, y más explotados.

HONORIA.— (Con entusiasmo) Madre, pero debe ser muy hermoso tener hogar, tener padres, hermanos, ser amadas. Vivir protegidas bajo la sombra de un hogar feliz.

AIDA.— Así, qué hermosa debe ser la vida: vivir arrulladas por las caricias de una madre.

ESPERANZA. Oh! sí! ¡Madre!: esa palabra encierra por sí sola todo un poema de ternura y de amor. Pero no prosigamos conversando de cosas dolorosas. Hablemos de algo alegre.

LEONOR. Relátenos alguna historia.

CARMELA. Esa de los náufragos.

TODAS. (Con entusiasmo) ¡Oh sí!: esa es muy bonita.

ESCENA VIII

Las mismas y Masor Prudencia.

PRUDENCIA. (Alarmada) Pero, ¿qué significa esto?. Ud. permitir simijante..... Esto es..... es..... no sé como decirlo. Qué disciplina poder haber esta casa con ese confianza que Ud. pirmite.

ESCENA IX

Las mismas y Marta.

MARTA.— (Entra corriendo asustada) ¡Ay Madre Esperanza!, ya nos vió, ya nos vió.

PRUDENCIA.— (Con tono áspero) ¿Quién te vió? De dónde venir tú?. Contesta, estás mudo?

MARTA.— La Madre Esperancita me dijo que no le conteste nada a su Reverencia.

PRUDENCIA. (Alarmada) Pero de dónde llegado Ud. Madre Esperance. Esto ser insoportable. No caber duda: dimonio andar suelto esta casa. (Dirigiéndose imperativa a las chicas) Salir todos a sus ocupaciones. Quedarse un momento Madre Esperance. Mí, tener que hablar con Ud.

ESPERANZA. Está bien, Madre.

TODAS. Con el permiso de sus reverencias. (Salen)

ESCENA X

Sor Esperanza y Masor Prudencia.

PRUDENCIA. (Con severidad) Madre Esperance, es posible tanta timoridad?. Mi ha regentado muchas casas Europa y jamás ha visto cosa simijante. Mi comunicar hoy Director Asilo, caso este, caso iscandaloso, tirrible.

ESPERANZA. (Con altivez) Pero de qué se admira Masor Prudencia? Es acaso censurable tratar con cariño a estas huérfanas?. Nó, aunque Uds. me prohiban yo les brindaré siempre mi ternura y mi amor a estos pobres despojos de la vida. Yo les daré mi cariño a estos seres que nunca tuvieron la caricia de una madre. Quiero compartir con ellas su destino. Quiero reparar con mi ternura todo el daño que les ha hecho la vida.

PRUDENCIA. (Alarmada) ¡Dios condene a Ud. Madre Esperance! De suerte que Ud. no estar aquí por amor a mi Dios, sino por amor a es-

tas criaturas misirables, que no son sino, lodo y miseria.

ESPERANZA.— (Con convicción) Sí, yo estoy aquí por humanidad: porque quiero derramar un lenitivo sobre tantos dolores. Yo vine aquí para enjugar las lágrimas: no para hacerlas derramar. Pero acaso el mismo Dios no dijo: “Ama a tu prójimo como a tí mismo”?.

PRUDENCIA.— Ud. no saber lo que habla.

ESPERANZA.— Sí, yo las amo: no porque me lo mandan sino porque siento amor por ellas; porque son seres que sufren como yo he sufrido; porque son deshechos de esa humanidad a la cual pertenezco.

PRUDENCIA.— (Santiguándose) ¿Qué oigo?. Sor Esperance, Ud. ser una hereje; Ud. ser una mala; Ud. no amar a mi Dios: Ud. ser excomulgada.....

ESPERANZA.— Dios sabrá juzgarme. Yo sé que hago el bien por el bien mismo y por el placer de hacerlo.

PRUDENCIA.— Pues desde ahora, Ud. no poder seguir practicando santus sacramentus. Ud. no poder practicar la caridad.

ESPERANZA.— La caridad es amor, es ante todo amor y sólo el que siente amor, un grande amor, puede y debe practicarla. La caridad no es rígida, la caridad no es ciega. La caridad es dulzura y es amor.

PRUDENCIA.— (Imperativa) Silencio. Ud. estar blasfimando. Es Satanás quien habla por sus labios. Amor..... amor por este poco de barro despreciable que forma la humanidad. (Sale).

ESPERANZA.— (Sollozando) ¡Dios mío, dadme amor!, mucho amor para brindarlo a estos pobres seres que a nadie tienen en la vida. (Se sienta y continúa llorando)

ESCENA XI

Sor Esperanza y Marta

MARTA.— (Entra y se arroja en brazos de Sor Esperanza) ¿Por qué llora Madrecita?

ESPERANZA.— (Abrazándola) ¡Hija mía, lloro porque las amo.

MARTA.— Entonces, yo también debo llorar porque la quiero mucho a su Reverencia. La Madre Superiora sale diciendo ahorita que la va a mandar a su Reverencia a otra casa. (Abrazándome del cuello de Sor Esperanza) Ay madrecita no me dejará: yo me moriría de pena sin su Reverencia.

ESPERANZA.— ¡Oh, yo no podría dejarte. A tí te quiero como a todas, más que a todas, como una....

MARTA.— ¿Cómo una qué?

ESPERANZA.— Como una madre.

MARTA.— (Abrazándola) Madrecita mía!

ESPERANZA.— (Conmovida) ¡Hija de mi alma!

MARTA.— ¿Quién es la madre?. A mí me han dicho que es una hada blanca que arrulla, que acaricia y besa, ¿Es cierto?

ESPERANZA.— Sí, ella es como un ángel que nos guía.

MARTA.— (Con inocencia) Pero es Ud. mi mamá?

ESPERANZA.— Nó, tu madre está en el cielo. Al morir, me recomendó que cuidara de tí.

MARTA.— Pero algún día vendrá del cielo mi madre. Será una hada blanca que bajará al jardín a conversar conmigo, en una noche de luna. Me envolverá en una nube y me llevará al cielo. ¿No es cierto?

ESPERANZA.— (Besando en la frente a Marta) Qué ideas tan poéticas tiene esta criatura.

MARTA.— Y ahora quiere tomarme la lección? Ya la sé de corrido.

ESPERANZA.— Más tarde.

MARTA.— (Asustada) Ahí viene Masor Prudencia, es ella, ¡qué miedo!

ESPERANZA.— Vamos (la coge de la mano a Marta y salen)

ESCENA XII

Masor Prudencia sola.

PRUDENCIA.— (Paseándose nerviosamente) Esto no poder ser. Mí debe poner rimedio, como Superiora de esta casa. Mí debe poner rimedio y lo pondrá.

ESCENA XIII

Masor Prudencia y Lucrecia.

LUCRECIA.— (Desde la puerta) Da permiso su Reverencia?

PRUDENCIA.— Pase Ud. Lucrecia. Vos ser única?

ca persona que entiende a mí en esta casa.

LUCRECIA.— (Con fingido cariño) Es que, Madrecita, yo soy la única que la quiere y la respeta. Yo comprendo lo que vale su Reverencia. Su Reverencia es una santa; es un modelo de religiosas: ya deben venerarla en los altares.

PRUDENCIA.— (Complacida) Gracias, gracias. Mí ser una mártir.... ¿Qué quiere decir modelo?

LUCRECIA.— Eso quiere decir lo mejor, lo más bueno.

PRUDENCIA.— Esta casa andar mal, muy mal, Lucrecia.

LUCRECIA.— Cierto es reverenda Madre. Pero yo creo que hay alguna persona quien las levanta en peso a las muchachas. Se están volviendo altaneiras, insoportables. Derrepente se van a declarar en huelga.

PRUDENCIA.— (Asustada) ¿Qué es eso de huelga?

LUCRECIA.— Es rebelión, levantamiento.

PRUDENCIA.— (Pensando) Huelga....., huelga, como decir Ud., debe ser terrible. Pero mí poner rimedio. Es Sor Esperance la que tener así esas chicas. Ella siempre con esas consideraciones exagerados. Pero mí comunicar Director Asilo. (En tono confidencial) Mi tener una idea. Ud. observar callado todo lo que suceda y darme aviso ensiguída.

LUCRECIA.— Pierda cuidado, reverenda Madre.

LEONOR.— (Desde la puerta) Masor, la busca una señora.

PRUDENCIA.— (Dirigiéndose a Lucrecia) No discuide (Sale)

ESCENA XIV

Lucrecia sola.

LUCRECIA.— Pues cada día me la agarro más a la gringa. Le gusta que la adulen, que la alaben y esto no es difícil. Y qué envidia me tienen las otras empleadas. Todas me preguntan en qué está el secreto para hacerse querer de la Superiora. Ellas son tontas: no lo comprenden siendo tan fácil. (Asomándose a la puerta) ¿Quién será esa señora? Ah, es dña Mélida. ¿A qué vendrá? (Sale).

ESCENA XV

Masor Prudencia y Mélida

(Entran conversando amigablemente)

PRUDENCIA.— Pase Ud. Mélida. Ud. ser única persona de confianza esta casa.

MELIDA.— Pues como le decía, Madrecita: yo quiero aliviarla a su Reverencia, llevándome siquiera una de las pesadas cargas que Dios me le ha mandado.

PRUDENCIA.— Gracias, Ud. ser.... motelo de caridad. Dios ha de recompensar.

MELIDA.— Yo quiero una niña pequeña, para criarla como a hija, para enseñarle mis costumbres.

PRUDENCIA. La otra que llevó ya debe estar mojer.

MELIDA.— Ya estaba grande, pero se fué de casa.

PRUDENCIA.— Pues mí va a dar a Ud. una chica que es un dimonio.....

MELIDA.— (Interrumpiéndola) No madrecita, si es así.....

PRUDENCIA.— (Sonriendo) Un dimonio de.....
inteligente.

MELIDA.— Quiero llevarla ahora mismo. ¿Qué
edad tiene?

PRUDENCIA.— La chica tener siete años. Pero
como Ud. saber, en esta casa la chica saber hacer
todo: lavar, planchar, cocinar.

MELIDA.— Yo quiero más por hacer la caridad
que por el servicio.

PRUDENCIA.— Ya lo creo. Con la caridad se ga-
na el cielo. (Saliendo hasta la puerta) Lucrecia,
Lucrecia.

LUCRECIA.— (Desde la puerta) Mande reveren-
da Madre.

PRUDENCIA.— Traiga Ud. a Marta.

LUCRECIA.— Al momento (Sale).

MELIDA.— ¿Hay muchas huérfanas ahora?

PRUDENCIA.— Bastantes.

MELIDA.— No habrá unita de unos doce años?

PRUDENCIA.— Por ahora, Marta ser la única que
puedo darte.

ESCENA XVI

Las mismas y Marta.

LUCRECIA.— (Desde la puerta) Aquí está Marta.

PRUDENCIA.— Ven aquí, chiquita. Esta ser tu
mamá que vinido llevarte.

MARTA.— (Con timidez) ¿Cuál es la mamá, ésta?
(Señalando a Mélida)

MELIDA.— Sí, yo soy. Ven hija mía. (Haciendo
ademán de coger a Marta)

MARTA.— (Se esquivando) Nó, ésta no es la mamá.
Si la mamá es una hada blanca, hermosa, que baja
a conversar conmigo en el jardín, en un rayo de
luna.

PRUDENCIA.— Seguro es Madre Esperance la que
te enseñado creer esos disparates.

MARTA.— Yo no tengo mamá. Ella está en el
cielo. Sólo tengo Madre: la Madre Esperancita.

PRUDENCIA.— (Con severidad) Pues ésta ser tu
mamá y te irás con ella.

MELIDA.— Vamos hijita, yo te daré dulces y ju-
guetes.

MARTA.— ¿Juguetes?, ¿qué es eso de juguetes?
Si es algo bueno, tráigame aquí.

MELIDA.— (Haciendo ademán de coger a Marta)
Vamos, Marta.

MARTA.— (Sale corriendo) ¡Madre Esperanza!

ESCENA XVII

Las mismas y Sor Esperanza.

ESPERANZA. (Entrando) Con perdón Madre.
Buenas tardes señora. Qué le pasa a Marta que
está tan nerviosa?

MARTA. (Temerosa) Mire Madrecita, esa señora
miente que es mi mamá y quiere llevarme a su casa.

ESPERANZA.— (Sorprendida) Pero es verdad Ma-
dre Prudencia?

PRUDENCIA.— (Disgustada) Ud. ser subalterna
y no debe meterse en actos de sus Superiores.

ESPERANZA.— Pero es que se trata de un caso

excepcional. A esta chica me la dejó su madre al morir.....

PRUDENCIA.— (Colérica) Ud. siempre con sentimentalismos ridículos. Se irá porque lo ordeno.

MELIDA.— Madre Esperanza, en toda casa religiosa, la voz del superior es la voz de Dios. (Cogiendo a Marta) Vamos.

ESPERANZA.— (Arrancándola a Marta de los brazos de Mélida) Nó, ella no se irá. Yo tengo derecho de impedirlo. Yo recogí en mis brazos el primer aliento de su vida. Yo recogí en un sólo beso transfundidas la vida de aquella madre que se extinguía y la de esta pequeña que empezaba. Yo que mecí su cuna, yo que arrullé su sueño, yo que aprendí a cantar para ella, yo que le he visto crecer sobre mis rodillas, yo que le enseñé a hablar, a pensar, y a sentir, soy su madre espiritual y no consentiré que se la lleven.

PRUDENCIA.— No haga Ud. caso Mélida, ésa es tar loca: no saber lo que habla.

ESPERANZA.— (Con desesperación) Pero no atenderán Uds. a la súplica de una madre moribunda? El alma de esa madre es la que habla por mis labios.

PRUDENCIA.— Ud. ha errado su vocación Madre Esperance. Ud. no nacer para monja. Ud. ser romántica, Ud. ser poeta. Ud. no poder mirar con serenidad disgracias ajenas. Ud. no poder practicar la caridad.

ESPERANZA.— (Exaltada) ¡Caridad!.... Qué saben Uds. de caridad. Conozco la vida; conozco la sociedad, y conozco más que todo a Uds. a los que se titulan grandes y nobles; a Uds. que nada saben de miseria, de dolor y de lágrimas. A Uds. que son farsantes y egoístas.....

PRUDENCIA.— (Interrumpiéndole colérica) ¡Silencio Madre! Yo se lo mando.

ESPERANZA.— A Uds. que bajo el nombre de caridad cristiana, sólo buscan el aplauso de los demás o la explotación del ser favorecido. Uds. no tienen corazón!

MELIDA.— (Disgustada) Qué le pasa Madre?

PRUDENCIA.— Ud. está loca. Voy a dar orden de conducirla al manicomio.

MELIDA.— Qué mal educada es esta monja. Debe ser gente plebeya.

PRUDENCIA.— Si Ud. se opone a que le even a Marta, mí, llamar a empleadas para que la arrojen a Ud. de esta casa (Dirigiéndose resueltamente hacia la puerta)

ESPERANZA.— (Conteniéndose) No hay necesidad. Ya sé que en todas partes, triunfa el derecho del más fuerte. (Coge a Marta entre sus brazos, sollozando) ¡Anda, anda hija mía!

MARTA.— (Agarrándose desesperada de Sor Esperanza) ¡Nó, por Dios Madrecita, esa mujer me dá miedo!

ESPERANZA.— (Entre sollozos) Como tiemblas... pobre florecilla. Eres flor arrancada del jardín de la vida y debes estar donde te pongan. (Desprendiéndola a Marta de sus brazos.) ¡Anda, anda hija mía!

MARTA.— (Con desesperación extendiendo los brazos hacia Sor Esperanza) ¡Madre, Madrecita!

FIN DEL PRIMER ACTO



ACTO SEGUNDO

ESCENARIO:— La ante-sala de una casa. Está cómodamente arreglada. Al centro hay una mesa y a los contornos varias sillas.

ESCENA I

Marta sola

MARTA.— (Aparece Marta, a la luz de una lámpara, planchando una gran cantidad de ropa. Está en la edad de quince años) Han pasado ocho años desde que me sacaron del Asilo y el tiempo no ha podido borrar la imagen de la Madre Esperanza. Ella es la única persona en la vida, que me ha mirado con cariño. Su rostro, el único que he mirado sonreír. La única voz dulce que han escuchado mis oídos. Las únicas manos que se han acercado a mí, no para maltratarme, sino para acariciarme. Es el único recuerdo dulce y apasible que conserva mi alma. Ella me enseñó a orar; ella me enseñó a leer; ella me enseñó a sufrir. Recuerdo como si fueran pronunciadas ahora aquellas frases: lloro, porque te amo. Sí, ella lloraba, porque sabía el porvenir que me esperaba. Y aquellas últimas palabras: eres flor arrancada del jardín de la vida y debes estar donde te pongan. Entonces, no pude comprenderlas; pero hoy las comprendo. Sí, yo soy un ente, no tengo a nadie en la vida. (Con demostraciones de cansancio) ¡Oh, pero qué cansada, qué agotada estoy! (Se deja caer desfallecida en una si-

lla) ¡No puedo más! (Después de un momento se levanta y se acerca a la ventana) ¡Oh, ya empieza a amanecer. (Regresa y apaga la lámpara) Apagaré la lámpara para ver la luz del día. (Se acerca a la ventana y en este momento queda la sala completamente iluminada) ¡Oh, la luz del día, Tiene tanta frescura después de una noche tan larga y tan pesada. (Afuera se oye el canto de las aves) ¡Qué alegres cantan los pajaritos en el jardín! ¡Dios mío! por qué no seré una de estas avecitas? Yo, creo que todas tienen nido, que todas tienen padres, que no hay aves huérfanas. Allá se asoman ya los primeros resplandores del sol que nace. (Estremeciéndose) Y qué frío siento! Oh, quién fuera avecilla para esperar al sol en el ramaje! (En este momento se oye ruido afuera) ¡Ese ruido? (Asustada, corre a la mesa y continúa planchando) ¡Ah, son las patronas que se levantan a misa. (Escondiendo un libro) Pero dónde escondo este libro? Pobre de mí si me sorprende leyendo. En fin, una noche menos de las terribles noches de trabajo!

ESCENA II

Marta y Mélida

MELIDA.— (Desde la puerta) Marta.

MARTA.— Buenos días, señora.

MELIDA.— ¿No has terminado todavía?

MARTA.— Ya estoy terminando. Pero es que habido muchas piezas que remendar.

MELIDA.— (Disgustada) Es que eres una estúpida. Ayer, al lavar, has de haber roto.

MARTA.— Nó señora, yo siempre lavo con cuidado

MELIDA.— Arregla pronto esa ropa. Ya mismo debe llegar la sirvienta del hotel a llevarla.

ESCENA III

Las mismas, Gloria y Sofía

GLORIA.— (Entrando) Mira Sofía, que ociosidad la de ésta....

MARTA.— Buenos días señoritas.

GLORIA.— Aún no ha terminado.

SOFIA.— Ella misma no se apresura para dormir un poco y después anda bostezando todo el día, como si estuviera muerta de hambre.

GLORIA.— (Arreglándose el velo del sombrero.) Vamos pronto. Ya deja la misa.

MELIDA.— Esperen. Hay que dejar dando órdenes a ésta. (Dirigiéndose a Marta) Entrega la ropa del hotel, baldeas los cuartos, barres toda la casa, arreglas los dormitorios y esperas listo el café.

MARTA.— Está bien, señora.

GLORIA.— A mí me esperas agua caliente para el baño y un terno interior listo.

SOFIA.— A mí me das cosiendo los zapatos de gamuza que se han roto y coges los puntos de esas medias que quedan sobre el velador.

MELIDA.— (Disponiéndose a salir) Vamos. Ay! se me olvidaba. (Regresando) Hoy debe llegar Lola de Ambato. Es necesario que el jardín esté limpio y desyerbado. Te pones a la obra inmediatamente.

MARTA.— Buenó señora.

GLORIA.— (Regresando) Ay cierto, limpias mi abrigo negro y me lo planches. (Salen Mélida, Gloria y Sofía).

ESCENA IV

Marta sola

MARTA.— (Con desesperación) ¡Ay Dios mío! Todo esto es imposible. Creo que aunque tuviese veinte manos, no me alcanzaría. Qué cansada, qué enferma estoy. Soy capaz de dejarme caer en una silla y esperar que vengan las patronas y me den de palos todas juntas. Ay Dios mío, esta es la caridad que me ofrecieron al sacarme del Asilo. (Sale)

ESCENA V

Inés y Marta

INES.— (Desde la puerta) Buenos días. No creo que ha habido nadie.

MARTA.— (Entra trayendo un par de medias para remendar) Siga Inés.

INES.— Cómo estás Marta?

MARTA.— Yo, como siempre.

INES.— Vengo a llevar la ropa del hotel.

MARTA.— (Entregándole una canasta de ropa) Ya está lista. Aquí tiene.

INES.— Pero Marta, vos sola *planchás* toda esta ropa.

MARTA.— Ay, si sólo fuera eso.

INES.— (Conmovida) Bien dicen que del árbol caído, todos hacen leña. ¡Ay lo que es ser huérfana!

MARTA.— Tres noches por semana, me toca arreglar y planchar la ropa de los hoteles. La señora se ha comprometido a arreglar la ropa de tres hoteles. Martes, jueves y sábado, amanezco, como

Ud. me vé: de claro en claro.

INES.— Por qué no te hacen planchar de día?

MARTA.— El día, lavo, cocino y hago todos los quehaceres de la casa.

INES.— (Sorprendida) De modo que también *lavás* esos rimeros de ropa de los hoteles?

MARTA.— Y entonces? ¿Quién ha de lavar?

INES.— Y qué lindas manos tienes, a pesar de estar despedazadas. De seguro, serás hija de algunos grandes, porque qué linda carita tienes. Ahí si está de decir: mejor que la de las patronas. Pero volviendo a la ropa, esto es una injusticia terrible: ellas cogen la paga: cincuenta sures de cada hotel; en los tres hoteles son ciento cincuenta por mes, y a vos pobre te hacen trabajar y no te dan nada. Con razón éstas son lujosas. Eso si es lo que llaman una explotación.

MARTA.— (Muy pesarosa) ¡Ay!, si siquiera me trataran bien. pero me maltratan a cada paso. Ay Inés, yo quisiera morirme.

INES.— Pero vos también no seas tonta; *ponete* en tu puesto. Si una se deja, la hacen cera y pavesa.

MARTA.— (Asustada mirando hacia la puerta) Ay, allí vienen mis patronas. ¿Por qué vendrán tan pronto? Recién no más se fueron a misa.

ESCENA VI

Las mismas y Melida

MELIDA.— (Entra muy disgustada) Pero aún no has terminado de entregar esa ropa?

INES.— Buenos días señora.

MELIDA.— Buenos días.

INES.— Yo estaba esperándola a Ud.

MELIDA.— Anda Marta a servir el café a las niñas. Hoy ha habido misa de honras y va a ser a las siete y media. Tomamos el café y nos regresamos.

INES.— Con razón no se han demorado en volver de la iglesia.

MARTA.— Ya tengo listo el café. (Sale)

ESCENA VII

Mélida e Inès

MELIDA.— Y cómo está tu patrona?

INES.— Bien está. Me dijo que la salude. Y Ud., cómo está?

MELIDA.— Yo mal, con esta enfermedad de los riñones. Tanto que se trabaja! el planchado de esta ropa de los hoteles, es algo matador. Y cuándo enseñada a trabajar: criada en medio de todas las comodidades.....pero así es la vida, hija. Desde la muerte de mi esposo, no he tenido otro remedio que trabajar. Pero a mí no me gusta que sepa nadie que hago esta clase de trabajos, que no están de acuerdo con mi linaje y mi nobleza. Pero yo estoy mal, muy mal con los riñones.

INES.— Pobre señora (aparte) ¿Tendrá esta vieja la conciencia en los riñones? eso es lo único que debe dolerle. (Dirigiéndose a Mélida) Y la Marta no le ayudará, no?

MELIDA.— Qué va ayudar: esa no sirve para nada.

INES.— Razón tiene la pobrecita las manos destrozadas. De tanto estar con las manos cruzadas se han de volver así, no? (Burlándose) Pero Ud.

tan caritativa mantener y vestir a esa chiquilla de buenamente.

MELIDA.— Yo lo hago por caridad, por amor de Dios.

INES.— (Burlándose) ¡Santa mujer! Pero eso sí, allá en el infier.....¿qué digo?: allá en el cielo ha de tener la recompensa. Pero si la Marta no le sirve para nada, ¿por qué no le regresa al Asilo?

MELIDA.— ¿Qué dices? Sabes, hija, que empiezo a perder el oído. Al menos las mañanas, será por el frío, pero peor no oigo nada.

INES.— (Aparte) Sorda de conveniencia. Y las niñas no le ayudarán, no?

MELIDA.— Ellas peor: criadas como niñas bonitas.

INES.— (Aparte) Semejantes bonitas.

MELIDA.— Ellas han sido educadas en los mejores colegios religiosos. Sólo saben hacer cosas de adorno, por entretenimiento: bordar, hacer flores.....Pero esto del planchado es trabajo muy duro y vulgar.

INES.— (Tomando la canasta en los brazos y disponiéndose para marchar) Ahora si me voy. Apuntará con esta llevo 18 docenas. (Sale)

ESCENA VIII

Mélida, Gloria y Sofía

GLORIA.— (Entrando) Vaya mamá, a tomar el café.

MELIDA.— Estarán listas. Ya mismo deja la misa. (Sale.)

ESCENA IX

Gloria y Sofía

SOFIA.— Te fijas, Gloria, cómo esta chola no ha hecho nada en toda la mañana? Qué ha hecho mientras nos fuimos a la iglesia?

GLORIA.— (Arreglándose frente al espejo) Yo creo que ésta está cansada y hasta me parece que está enferma. Debemos despacharla en cualquier pretexto y pedirle a la Madre Superiora que nos dé otra que sea fuerte y robusta.

SOFIA.— Pero hay que asegurarse bien de la otra, para despacharla a ésta.

GLORIA.— A mí me dijo la Madre Superiora que podíamos ir a elegir.

SOFIA.— ¿Cierto? Pues entonces, se debe ir cuánto antes. No has observado que Marta se está poniendo demasiado guapa y esto no nos conviene.

ESCENA X

Las mismas y Marta

MARTA.— (Entra con un vestido en la mano y se pone a plancharlo)

GLORIA.— (Disgustada) Qué te has pasado haciendo toda la mañana? No has hecho nada de lo que te dejamos ordenando.

MARTA.— Pero señorita Gloria, cómo quería que haga todo lo que me dejaron ordenando, si Uds. no se demoraron nadita en volver de la iglesia.

SOFIA.— Es que crees que te hemos sacado del

Asilo, para patrona, por tu linda cara.

MARTA.— (Reaccionando) Pero señorita, creo que ya no es posible hacer más de lo que yo hago.

SOFIA.— (Empujándola con cólera) Pero vé esta chola atrevida, cómo me contesta? ¿Qué te has imaginado?

GLORIA.— Pero dale en la boca para que no le quede ganas de contestar otra vez. A mí que no me haga tener cólera porque ya sabe: cuando yo la agarro no estoy con contemplaciones.

ESCENA XI

Las mismas y Melida

MELIDA.— (Entrando) ¿Qué sucede, hijitas?

SOFIA.— Has de creer mamá, que esta chola se ha atrevido a contestarme?

MELIDA.— (Se acerca furiosa a Marta y la estruja) Ve qué atrevida! ¿Qué has hecho en toda la mañana? Ociosa, mal agradecida, indigna de la protección que te brindo en mi casa.

GLORIA.— Es que ésta imbécil no comprende que con sacarla del Asilo la hemos hecho gente.

MELIDA.— Es que ésta hace el oficio del demonio. De mañanita me hace pecar, me hace tener cólera. Oh!, cuánto cuesta practicar la caridad con estas gentes que no comprenden ni agradecen. Pero si hasta que regresemos de misa, no has hecho todo lo que te dejo ordenando, te pongo en media calle. No quiero seguir manteniendo zánganos en mi casa. Vamos (Salen Melida y sus dos hijas.)

EENA XII

Marta y Sor Esperanza

MARTA.— (Sollozando desesperadamente) ¡Dios mío!, Dios mío!, por qué nací?

SOR ESPERANZA.— (Desde la puerta) ¡Marta!

MARTA.— (Arrojándose en brazos de Sor Esperanza) ¡Madre, Madre Esperanza!

SOR ESPERANZA.— ¡Hija mía! Cuánto has crecido. (Acariciándola) Pero alza la cara. Déjame que te mire. ¡Qué linda estás!, pero siempre llorando.

MARTA.— (Arrojándose otra vez en sus brazos llorando) Madre, no puedo más. Qué cruel ha sido la vida conmigo, Madre. No puedo más!

ESPERANZA.— Pobre criatura. Lo comprendo.

MARTA.— (Entre sollozos) Mucho me martirizan, mucho me maltratan. Ya no puedo resistir, Madre. ¿Por qué nací? ¿Quién soy yo? ¿Por qué sufro tanto? ¿Pero dónde ha estado su Reverencia que me ha abandonado tanto tiempo?

ESPERANZA.— He estado tan lejos; pero no te he olvidado un sólo día. En castigo de mis protestas para que no te arrancaran de mi lado, me cambiaron Me mandaron a Guayaquil. Allí he pasado ocho años. Ayer llegué. Estoy designada otra vez aquí. Hoy salí con unos chicas a una misa de honras para la cual fuimos invitadas y, aprovechando esta oportunidad, vine a buscarte. Y cómo te encuentro. ¡Pobrecita mía!

MARTA.— (Agarrándose desesperadamente de Sor Esperanza) ¡Madre!, lléveme por Dios. Lléveme con Ud. al Asilo. No me abandone.

ESPERANZA.— (Con desesperación) ¡Oh!, si yo pu-

diera! Pero no te acuerdas de la Madre Superiora? Hoy está más intransigente: está más vieja y además muy enferma. Jamás consentirá que tú regreses al Asilo.

MARTA.— (Con desconsuelo) De modo que no hay esperanza?

ESPERANZA.— (Con amargura) Qué puedo hacer yo, pobre y débil sér, también como tú, sin amparo, sin hogar y sin refugio?

MARTA.— Madre, el mundo es tan grande.... y en tantos millones de seres, no habrá alguien que se apiade de nuestra desgracia, que quiera aliviar nuestro dolor, alguien quien nos ampare? Madre, no me deje. He sufrido tanto y tengo mucho miedo.

ESPERANZA.— Calla, calla mi bien, no llores.

MARTA.— Es que me siento tan sola, tan sola en la vida.

ESPERANZA.— Pero no llores, no llores así que me desesperas.

MARTA.— A mí nadie me quiere.

ESPERANZA.— ¡Oh, yo te quiero, te quiero con todo el fervor de una alma que sufre tanto como la tuya; con toda la ternura que comunica la desgracia. Si yo pudiera llevarte conmigo; si yo tuviera un hogar.... (Cogiendo la cabeza de Marta entre sus manos) Pero no llores, que te traigo un consuelo, un gran consuelo. Mira. (Mostrándole un relicario)

MARTA.— Pero, ¿qué es esto?

ESPERANZA.— Es la imagen de tu madre.

MARTA.— (Besando el retrato emocionada) ¡Madre, Madre mía!

ESPERANZA.— Sí, es el retrato de tu madre. Ella al morir, me lo dejó para que te entregara a tí. Tan intempestivamente te arrancaron de mis brazos, que no tuve tiempo de entregarte.

MARTA. (Emocionada) Pero su Reverencia la conoció a mi madre? Quién era ella?

ESPERANZA.— Tu madre era una mujer muy hermosa y muy buena. Murió al darte vida a tí. Murió en la Maternidad, donde yo, como Hermana de la Caridad, trabajaba. Cuando tú abrías por primera vez los ojos a la vida, ella los cerraba para siempre. Yo y recibí confundidos en un solo gemido, el primer aliento de tu vida y el posterior adiós de su partida. Ya ves, ya ves por qué te quiero! Pero antes de morir, ella, tu madre, con los ojos nublados por las lágrimas, me suplicó que velara por tí. Y yo se lo prometí. Le prometí sin pensar que yo era un ser débil e impotente. Ya ves, ya ves que nada puedo hacer por tí.

MARTA.— ¡Oh! mi madre, mi madre: si ella viviera!

ESPERANZA.— (Colocando el relicario en el cuello de Marta) Tenlo como una reliquia, y en tus horas de angustia, será tu consuelo. Yo vendré a verte cada vez que pueda. Ahora, me voy. Hija mía. (Abrazándola entre sollozos) Sé buena, ten valor que la imagen de tu madre te proteja. (Lstrechándola entre sus brazos) ¡Adiós!

MARTA.— (Sollozando) ¡Adiós!

ESPERANZA.— Pronto volveré. (Sale)

ESCENA XIII

Marta, Mélida, Gloria y Sofía

MARTA.— (Contemplando el retrato) ¡Madre!, madre mía! ¿Por qué no me llevaste?

MELIDA.— (Entra furiosa) ¡Qué horror! Con que no has hecho nada, no? Adrede, por capricho (golpeándola terriblemente)

GLORIA.— (Entrando muy disgustada) Si vieras mamá, la casa sin barrer, los cuartos sin arreglar: todo en un desorden terrible.

SOFIA.— (Entrando muy indignada) ¡Oh, esto es insoportable! Ni el agua para el baño, nada ¿Qué haces mamá que no la despachas a esta enemiga?

MELIDA.— (Empujando a Marta) Andate.
ándate, pero este ratito. Ya estás demás aquí. (Empujándola) Andate chola infeliz que puedo desaparecerce.

MARTA.— (Con humildad) Perdone Ud., señora. No lo haré más. Estaba tan cansada. . . . , me dolía tanto la cabeza. . . .

GLORIA.— Calla embustera. Hoy no conseguirás nada. (Empujándola) Andate.

MARTA.— Pero dónde me voy. . . . Si yo no conozco a nadie. . . . Si la calle me da miedo. . . . Si las gentes me inspiran terror. (Suplicante) No me arrojen Uds. Ya no lo haré más.

SOFIA.— Que se vaya como vino. Nada trajo, nada tiene. Mucho hemos hecho con mantenerla y vestirla. Andate. ¿Qué es lo que esperas?

MELIDA.— (Empujándola) Andate, anda a ver si encuentras otras tontas que te mantengan.

MARTA.— (Saliendo con desesperación) ¡Madre mía!, ampárame! Tengo miedo, mucho miedo de la vida!

ESCENA XIV

Las mismas menos Marta

GLORIA.— Hoy mismo debemos ir al Asilo a traer otra.

SOFIA.— Deben ir enseguida. ¿Quién se hace cargo de ese mundo de ropa de los hoteles? Lo que es yo, no lavo ni mi ropa. El otro día que lavé un pañuelo, se me salió el esmalte de las uñas.

GLORIA.— Lo que es a mí, como Uds. saben, el médico me ha prohibido que planche.

MELIDA.— Yo peor, yo no soy cuenta para nada: estoy tan enferma.... Hoy mismo me voy al Asilo a sacar otra. La madre Superiora no me disgustará.

ESCENA XV

Las mismas, Alfonso e Ignacio

ALFONSO.— (Desde la puerta) Con perdón de Uds.

IGNACIO.— Buenas tardes.

MELIDA.— (Sorprendida) ¡Oh! señores, sigan.

GLORIA.— Pero vamos para la sala. (Dirigiéndose a Mélida) ¿Cómo los vamos a recibir aquí?

ALFONSO.— Uds. sabrán disculparnos. Aquí no más.... Pues se trata de un asunto....

MELIDA.— Pero tomen Uds. asiento. (Alfonso e Ignacio toman asiento. Mélida recibe los sombreros y coloca sobre una mesa)

MELIDA.— En qué podemos servirles?

ALFONSO.— Venimos del Asilo. Pues se trata de identificar a una muchacha que responde al nombre de Marta Estevan. En el Asilo nos dijeron que esa chica estaba aquí bajo la protección de Uds.

MELIDA.— Sí, es verdad: de caridad me hice cargo de esa chica; este ratito la mandé sacando por....

GLORIA.— (Interrumpiéndola) Qué es mamá lo que dices? Ella, la muchacha se ha ido sin el menor motivo.

IGNACIO.— Pero es necesario buscar a esa muchacha hasta dar con ella.

MELIDA.— (Sorprendida) ¿Qué sucede? Ha cometido alguna falta esa muchacha? ¿Por qué tanto empeño en buscarla?

ALFONSO.— Es que Uds. no pueden imaginarse lo que le sucede a esa muchacha.

SOFIA.— Pero ¿qué sucede?

ALFONSO.— Asímbrense Uds.: esa muchacha es en este momento, dueña de ochocientos mil sueres.

TODAS.— ¡Oh!

MELIDA.— No, Ud. bromea.

GLORIA.— Eso ni para broma.

ALFONSO.— Aquí tienen Uds. el testamento del padre de esa chica. En este momento acabamos de abrirlo.

MELIDA.— (Cogiendo con ansiedad el testamento) A ver? (las tres leen con ansiedad)

IGNACIO.— Yo fuí uno de los testigos. El señor

Estevan había hecho el testamento cerrado, hace unos tres meses.

MELIDA.— (Estupefacta) ¡Hija de don Fernando Estevan, casi un millonario!

GLORIA.— ¡Oh, qué suerte!

SOFIA.— ¡Parece increíble!

MELIDA.— Pues francamente que esto me emociona. A esa muchacha la he criado yo. La tengo tanto cariño, como a mis hijas.

GLORIA.— Es que esa muchacha es parienta muy cercana.

SOFIA.— Sí, esa chica es prima o quiero decir, sobrina de mi mamá. Nosotras la queremos más que a una hermana.

IGNACIO.— (Aparte) Qué raras parientas. (Dirigiéndose a Mélida) Pero siendo así, qué raro que hayan estado Uds. tan tranquilas con su desaparición.

MELIDA.— Con que hija de don Fernando Estevan... ¡Quién hubiera pensado!

ALFONSO.— Sí, es hija natural, y la única hija. En vida, el señor Estevan, no se preocupó nunca de ella. Había sabido que estaba la niña, en un Asilo de huérfanos, pero nunca hizo caso. Más, cuando se vió cercano a la muerte, estando ya postrado por su enfermedad, hizo su testamento cerrado, reconociendo a su hija y declarándola heredera universal de todos sus bienes. Deja una casa de tres pisos y quinientos mil sueres en el Banco.

IGNACIO.— Enseguida que se abrió el testamento, fuimos al Asilo. Se hizo la investigación; registramos los libros, las partidas de ingreso y todo lo

demás. Con esto se llegó a comprobar plenamente que Marta Estevan, la chica que estaba aquí, en poder de Uds., era en realidad, la afortunada heredera.

GLORIA.— Vamos Sofía, vamos a mandar a alguien en busca de Marta. (Salen Gloria y Sofía)

ESCENA XVI

Los mismos menos Gloria y Sofía

MELIDA.— Ay señores, soy capaz de llorar de felicidad. Es que Marta es mi hija.

ALFONSO.— Yo fui muy amigo del señor Estevan. Conocí a la madre de la chica: se llamaba Marta Albornoz.

MELIDA.— Marta..., el mismo nombre que lleva su hija. Pobrecita, qué gusto va a tener cuando lo sepa.

ALFONSO.— La niña debe tener ahora unos quince años.

MELIDA.— Sí, precisamente... Como todavía es menor de edad yo me puedo constituir en Tutora suya.

ALFONSO.— La voluntad de su padre es que la niña entre enseguida a disfrutar de sus riquezas. Quiere reparar todo el abandono en que la tuvo durante su vida.

ESCENA XVII

Los mismos, Sofía y Gloria

SOFIA.— Hemos mandado tres muchachas en

busca de Marta. Creo que la encontrarán.

GLORIA.— Es que estábamos anonadadas ante la desgracia de su desaparición.

ESCENA XVIII

Los mismos, Sor Esperanza y Marta

(Al entrar Sor Esperanza y Marta, todos se levantan muy sorprendidos)

MELIDA.— (Se arroja a abrazar a Marta con fingido cariño) ¡Hija mía, hija de mi alma!

GLORIA.— (Abrazándola) Hermanita querida, ¿por qué querías abandonarnos?

SOFIA.— (Acercándose cariñosa a Marta) Ingrata, cuánto te hemos querido.

ESPERANZA.— (Indignada) ¿Qué significa esta comedia? Inhumanas, por qué han maltratado tanto a esta pobre criatura?

MELIDA.— (Poniendo una de sus manos en la frente de Marta) Pero Marta, hija mía, ¿qué has dicho? Tu frente arde. Estás enferma: deliras de seguro.

MARTA.— (Indignada) ¡Basta! basta! Todo lo he soportado; pero no puedo soportar esta farsa que quieren Uds. representar conmigo. Uds. me han martirizado como no es posible martirizar a un ser humano. Uds. han explotado todas las energías de mi vida, hasta dejarme exhausta. Y después de destrozar mi alma y mi cuerpo, me han arrojado a la calle como a un perro. A una máquina se le pone aceite o cualquier combustible para que funcione; a un animal se lo nutre para que trabaje; pero

ustedes a mí, me han hecho trabajar más que a un animal, más que a una máquina, y ni siquiera me han dado, el alimento necesario, y me han privado hasta del sueño. Uds. se sorprenderán de que yo hable en su presencia. Yo, que ante la opresión y la tiranía de Uds., nunca tuve voluntad para actuar, ni valor para protestar, ni siquiera para llorar.

ALFONSO.— (Indignado) Oh, pero Uds. han cometido un crimen con esta pobre chica.

MELIDA.— (Con despecho) ¡Qué mal agradecida!

GLORIA.— Ves, ves mamá, lo que yo te decía?

SOFIA.— Bien dicen: "Cría cuervos y te sacarán los ojos"

MELIDA.— Yo que la saqué del Asilo sin interés ninguno, sólo por hacer el bien, sólo por caridad.

ESPERANZA.— (Con indignación) ¡Silencio hipócritas! Sepuleros blanqueados como dijo Cristo. ¡Oh caridad, caridad, cuántas injusticias se escondan con tu nombre! Vamos Marta. (Disponiéndose a salir.)

ALFONSO.— (Dirigiéndose a Sor Esperanza) Tenga la bondad de esperar un momento. Tengo que hacer algunas preguntas a esta chica.

IGNACIO.— Hable niña, sin temor. Pues queremos ayudarla.

MARTA.— (Sorprendida) Ayudarme a mí. . . .

ESPERANZA.— Di, di cuanto te pregunten, hija mía.

ALFONSO.— ¿Cómo te llamas?

MARTA.— Marta Estevan Alborno.

ALFONSO.— ¿Conservas algún recuerdo de tu madre?

ESPERANZA.— (Enseñando el relicario que pen-
de del cuello de Marta) Si, aquí tiene un relicario
con la imagen de su madre. Ella al morir, me en-
cargó que le entregara a esta chica.

ALFONSO.— (Acercándose a mirar) Es la misma.
Conocí personalmente a esta mujer.

IGNACIO.— (Mirando el relicario) Qué hermosa
mujer.

ALFONSO.— Y ahora niña, prepárese Ud. a reci-
bir una gran noticia.

MARTA.— (Sorprendida) ¿Yo?

ALFONSO.— Si, Ud. es casi una millonaria. Aca-
ba de heredar de su padre, ochocientos mil sues.

MARTA.— (Sin dar crédito) Pero, si yo no tengo
ni he tenido padre.

ALFONSO.— Si, aquí tiene Ud. niña el testamen-
to de su padre.

(Marta y Sor Esperanza, leen ávidamente el testa-
mento)

ESPERANZA.— (Emocionada) ¡Oh, pero es cierto.
¡Justicia del Cielo!

MARTA.— (Arrojándose en brazos de Sor Espe-
ranza) ¡Madre!, madre mía!

ESPERANZA.— (Abrazándola) ¡Marta, hija mía!
MARTA.— (Con la voz trémula por la emoción)

Madre, Madre Esperanza. Hoy que somos ricas,
formaremos las dos un nuevo Asilo; pero un Asilo
de humanidad, en donde recogeremos a esos tristes
despojos de la miseria, pero no para explotarlos,
sino para reparar el daño que les hizo la vida: pa-
ra darles amor, mucho amor! (Sor Esperanza abra-
za conmovida a Marta.)

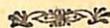
FIN

CONFLICTO DE EXAMENES

JUGUETE EN UN ACTO



PERSONAJES:



<i>Aura</i>	<i>Madre de dos niños</i>
<i>Nelly</i>	<i>Niña de diez años</i>
<i>Lenin</i>	<i>Niño de nueve años</i>
<i>Doctor Alvear</i>	<i>Doctor</i>



ACTO UNICO

ESCENARIO: Un cuarto escritorio.

ESCENA I

Nelly sola

NELLY.— (Aparece sentada frente a un escritorio, en el cual hay un buen número de libros y cuadernos)

Y llegaron los exámenes. Qué horror! Tener que meterme en la cabeza todo este promontorio de cuadernos. Durante el año me pasé jugando, no atendí a las clases. Cada vez hacía propósito de estudiar, pero no he podido cumplir. Y así se fueron pasando los días, y ahora, qué conflicto. Cómo puedo estudiar todo esto? A ver empecemos por Geografía. (Abre un cuaderno y empieza a estudiar) El Ecuador está dividido en 17 provincias: 10 en la Región Interandina, 5 en la Región Litoral y dos en la Región Amazónica..... Pero para qué estudio todo esto? No dicen que va a acabarse el mundo con las guerras. Ya no hay necesidad de estudiar Geografía. Creo que está cerca el juicio, y mejor. Ojalá fuera ahora mismo. Sólo así me libraría de este conflicto. Dejemos la Geografía. A ver, Historia. (Abriendo otro cuaderno) Tupac-Yupanqui empezó la conquista en el Ecuador, por el Sur. Conquistó a los Cañaris, a pesar de la resistencia.... Y quién me asegura que es cierto todo esto? Bien puede ser invención y na-

da más. Para qué estudio? Cuando aquí no más alguna noticia la agrandan y la desfiguran tanto, qué no será con las cosas que han pasado hace tantísimos años. Yo creo que no hay para qué estudiar Historia. Ahora, veamos la Cívica (Abriendo otro cuaderno) El Estado Ecuatoriano está dividido en tres poderes: Legislativo, Ejecutivo y Judicial. Pero no dicen que aquí en el Ecuador no hay sino un poder que es la Dictadura? Para qué necesito saber estas otras cosas? Nó, yo no estudio Cívica. Veamos mejor la Botánica. (Abriendo otro cuaderno) Una planta completa... Oh, qué estudio más pesado es este. De la Botánica sólo me gusta el estudio práctico de las frutas, cuando están maduras. Decididamente, yo no puedo estudiar Aunque tuviera el talento de Montalvo no podría meterme en pocas horas todo este promontorio de ciencia en la cabeza. Pero Dios mío, para qué inventarían tantas cosas? Debía haber estudiado todo el año. Hoy es imposible... Pero mañana, los exámenes. Qué hago? De seguro irán a verme papá, mamá, Lenin. Oh, y yo que les he dicho que soy la mejor del grado. Qué conflicto! Qué hago? (Reflexionando) Ya!, ya: se me ocurre una idea. Sólo así podré librarme.

ESCENA II

Aura, Nelly y Lenin

AURA.— (Entrando) Qué haces hijita?
NELLY.— Estaba estudiando; pero me principió a doler la cabeza.

LENIN.— (Entra estudiando en un libro y sigue paseándose) Cómo te va, Nelly?

NELLY.— Estaba estudiando y no sé qué es lo que me pasa. Yo me muero (Cubriéndose la cara con las manos)

AURA.— (Acercándose a Nelly) Qué te sucede, hijita?

NELLY.— No sé, mamá. Me hace ver obscuro, obscuro. Me hace ver estrellas.

LENIN.— Pero debe ser divertido ver estrellas en medio de la obscuridad.

NELLY.— Es que son estrellas apagadas. Me duele la cabeza, me duele el estómago....

LENIN.— Mamá, dame el pan y la fruta de entre el día.

AURA.— (Sacando de un cajón) Toma. Lo que es para ti, Nellycita no puedo darte nada. Puede hacerte daño.

NELLY.— Si yo no quiero nada. No tengo hambre. Qué voy a desear comer cuando ya veo la muerte.....

AURA.— Anda Lenin, donde el Doctor Alvear que vive al frente. Dile que venga urgente.

LENIN.— (Burlándose) Qué coincidencia. Hoy se enferma; mañana los exámenes. Pero en fin, todo es ahora, relámpago, creo que a Nelly le ha sobrevenido una enfermedad relámpago. Así se lo diré al Doctor. (Sale) Darasme, mamá, la parte de Nelly, porque a ella le hace daño.

AURA.— Voy a preparar alcohol para que desinfecte el termómetro. (Sale)

ESCENA III

Nelly sola

NELLY.— (Bostezando) Oh, qué hambre más atroz. Cómo me comiera el pan y me tomara la naranja. Pero no hay más remedio que aguantarse; de lo contrario no me creerían. Y ahora debe venir el Doctor.

ESCENA IV

Nelly y Lenin

LENIN.— (Entrando) Ya viene el doctor; haciendo traer la mesa de operaciones y todos los instrumentos de cirugía.

NELLY.— (Asustada) Qué dices? Para qué trae todo eso?

LENIN.— (Burlándose) Para operarte. No dices que estás tan mal. Yo le expliqué al médico todos los síntomas y él dice que de seguro se trata de una enfermedad grave, gravísima.

NELLY.— Qué enfermedad?

LENIN.— (Burlándose) Dice que tienes una pericitis reconcentrada.

NELLY.— (Con interés) Una qué?

LENIN.— Una pericitis.

NELLY.— Qué es eso?

LENIN.— (Riendo) Una pericitis, es en castellano, una pereza concentrada.

NELLY.— No te burles.

LENIN.— Dice el médico que después de que ma-

má te haga un baño de fuetitis, él va a hacerte una peligrosa operación para extraerte la pericitis.

NELLY.— Qué cosas dices. No creas que me hago la enferma: si hasta estoy sin habla.

LENIN.— (Riendo) Ciertamente el baño de fuetitis es decir un buen fuede, es muy eficaz para esta enfermedad.

NELLY.— No seas malo. A ti también te puede ocurrir este caso o digo esta enfermedad.

LENIN.— Nó, a mí, nó: yo sé estudiar durante todo el año, para no verme en ascuas al final.

NELLY.— (Siente pasos) Ay, ya creo viene el Doctor, y cómo me duele la cabeza.... ay.... ay.. (Con demostraciones de dolor)

LENIN.— La pereza, dirás (Riendo a carcajadas) Pero no pongas esa cara hija, porque lo vas a hacer espantar al pobre Doctor. (Bostezando) Ay pero contagiosa creo que es esta fea enfermedad de la pericitis.

NELLY.— (Ríe sin poderse contener) Qué malo eres.

LENIN.— (Saliendo) Creo que ya viene el médico.

NELLY.— (Cogiendo un espejo apresuradamente) Debo adoptar una actitud de enferma. A ver, ensayemos. Es necesario ponerse con una cara compungida. Así, así. (Adoptando una expresión de dolor.)

ESCENA V

Aura, Nelly y el médico

AURA.— (Entrando con el médico) Pues de un mo-

mento a otro, la chica se me puso muy mal. Y lo peor que mañana debe rendir las pruebas finales. Atiéndamela con solicitud, doctor. Se lo suplico.

MEDICO.— (Mirando a Nelly) Cuál es la enferma?

NELLY.— Yo.

MEDICO.— Oh, qué buena cara tiene esta enfermita. A ver, saque la lengua. (Observando) Está perfectamente. Veamos el pulso. Normal. Tendrá temperatura? Abra la boca para ponerle el termómetro. (Le coloca el termómetro y después de un momento, lo saca y observa) Es completamente normal. Tal vez un poco de nerviosidad.

AURA.— Cree que no hay ninguna gravedad, doctor?

MEDICO.— Absolutamente ninguna. Un poco de nerviosidad. Dele un baño de agua bien fría y luego, para provocar una reacción nerviosa, una ligera frotación de hortiga en todo el cuerpo. Mañana amanecerá bien y podrá irse a la escuela.

AURA.— Pero si dice que le duele a la chica la cabeza, el estómago.....

NELLY.— Nó..... mamá, ya me está aliviando.

MEDICO.— No es nada, señora.

AURA.— Cuánto vale, la visita, doctor?

MEDICO.— Cinco suces.

AURA.— (Entregándole) Aquí tiene doctor.

MEDICO.— Gracias. Con permiso. (Sale)

ESCENA VI

Aura y Nelly

AURA.— En seguida voy a aplicarte el remedio

para que te pongas bien.

NELLY.— (Angustiada) Nó, no mamá, si ya estoy bien (Aparte) Yo creo que este remedio si de veras me va a hacer ver estrellas.

AURA.— (Tomándole por el brazo a Nelly) Vamos, vamos para bañarte.

NELLY.— Nó, no mamá, por Dios. No me castigues. Voy a confesártelo todo: la enfermedad fué una farsa. No he estudiado todo el año y tengo vergüenza de presentarme a las pruebas finales

AURA.— Te presentarás, embustera. Has cometido doble falta.

NELLY.— Te prometo mamá, que esto me servirá de lección y para el año entrante, seré aplicada, muy aplicada.

AURA.— En castigo de tu ociosidad, no te mandaré a pasar vacaciones a la hacienda de tu tío, como te tenía ofrecido. Pasarás aquí, encerrada, estudiando.

NELLY.— (Llorando) Oh, qué tonta he sido. Cuánta ilusión tenía de ir a pasar vacaciones con mis primas. Si hubiera estudiado, con qué gusto vería el fin de año. Oh, cuánta vergüenza, cuántos disgustos nos ocasiona la pereza.

Compañeras, estudiad, estudiad todo el año y no pasaréis los conflictos que yo he pasado. Os sentiréis satisfechas de haber cumplido el deber y complaceréis a vuestros padres y a vuestras profesoras. Cuán alegres pasaréis así las vacaciones.

FIN



EL ROSAL

DRAMA EN TRES ACTOS



PERSONAJES:



- Hipatia.....Madre de Nora, de 36 años *Ruth*
Nora.....de 18 años
Carlota.....Tía de Nora, de 40 años
* Cumandá.....Hija de Carlota, de 20 años ✓
✓ Alfredo.....Esposo de Carlota, de 40 años
Victoria.....Sirvienta de Carlota, 20 años ✓
* Lucrecia.....Amiga de Nora, de 18 años ✓
✓ Beatriz.....Amiga de Nora, de 16 años
✓ Elvira.....Dueño de casa



ACTO PRIMERO

ESCENARIO: Un cuartito muy bien arreglado: un sofá, un peinador, un escritorio, sillas, etc.

ESCENA I

Nora sola

NORA.— (Aparece escribiendo) ¡Oh, este será mi mejor poema. (Con entusiasmo) En él he puesto toda mi vida: éste es mi poema de amor.

ESCENA II

Carlota y Nora

CARLOTA.— (Entra con una costura en la mano) ¿Qué haces, Nora?

NORA.— (Algo turbada) Estaba escribiendo.

CARLOTA.— (Se acerca a la mesa y mira el papel que escribió Nora) ¿Qué escribes?: versos, disparates. Mientras tanto, la costura abandonada. Si no estás con los libros, estás con los papeles. Ya eres una mujer; vas a cumplir 18 años y no sabes nada, nada de lo que debe saber una mujer de su casa.

NORA.— Pero ya ve Ud., tía, que recién terminé mis estudios; ya me dedicaré también a aprender a coser.

CARLOTA.— ¿No te dará vergüenza de mi hija, de mi Cumandá? Sólo es mayor para ti con pocos

meses, y ella ya borda muy bien; cose divinamente. Mientras que tú.....¿qué cuentas voy a darle a tu padre cuando regrese de Panamá?

NORA.— Tengo mis certificados del Colegio que son muy buenos, para enseñarle.

CARLOTA.— (Con ironía) Sí, ya lo sé que son muy brillantes. Pero tu padre, en vez de encontrar una mujercita que le arregle la ropa, que cuide de él, va a encontrarse con una doctora que no sirve para nada. Pero él mismo tiene la culpa: se empenó en que te pongan al Colegio. Suficiente hubiera sido para ti la educación primaria.

NORA.— (Resentida) Ud. tiene razón, tía: las personas que no tenemos hogar, carecemos de derechos.....

CARLOTA.— (Disgustada) Mal agradecida, debías vivir adorándome de rodillas. Nadie hubiera hecho lo que yo he hecho por ti: arrancarte de los brazos de la miseria, de la muerte.....

NORA.— (Interrumpiéndola) Y de los de mi madre.....

CARLOTA.— Calla, atrevida; tu madre era una andrajosa, una infeliz que no podía darte otra cosa que miseria.....

NORA.— (Indignada) Miseria, miseria; pero también amor, mucho amor, que es lo que no he tenido, que es lo que me hace tanta falta. Uds. me han dado comodidad, holgura, es verdad; pero con los dineros de mi padre, quien más que ningún otro tiene obligación de darme no sólo las cosas materiales, sino todo el cariño del que me privó al arrancarme de los brazos de mi madre.

CARLOTA.— ¡Qué osadía! Pero yo me alegro. Que

venga él mismo a oír de tus propios labios, la gratitud que le guardas. Pero él tiene la culpa. ¿Por qué no te dejó, como hacen tantos otros, con tu madre? A ver si ahora estuvieras de doctora y tan engreída.....

ESCENA III

Las mismas y Cumandá

CUMANDA.— (Entrando) ¿Qué es lo que alegan tanto Uds.

CARLOTA.— Qué ha de ser; si bien dicen: "Cría cuervos para que te saquen los ojos". Esta atrevida de Nora, me ha faltado ahora al respeto y ha dicho no se qué tantas barbaridades.

CUMANDA.— (Con desprecio) No le hagas caso, mamá: había de ser ésta, hija de una plebeya.

NORA.— (Indignada) Cumandá, por qué ultrajas así a mi madre? Yo siempre he respetado a la tuya.

CUMANDA.— (Con ironía) Calla Nora, tú estás muy engreída: vives en un ambiente que no te corresponde.

NORA.— Es verdad, pero yo no tengo la culpa: por fuerza me arrancaron de los brazos de mi madre.

CARLOTA.— Mal agradecida, ¿de qué te quejas? (Con imperio) Coge la costura y ándate a coser. ¿Vas a seguir ahora peleando con tu prima? (Nora coge la costura y sale enjugándose las lágrimas)

ESCENA IV

Carlota y Cumandá

CARLOTA.— Quién hubiera pensado que este pedazo de gente iba a resultar tan casquivana. Desde que la profesora la había comparado contigo, haciéndote de menos, le he perdido el cariño a esta muchacha.

CUMANDA.— Y no sabes, mamá, cuánto me ha hecho sufrir ésta en el Colegio. Cuántas humillaciones, cuántas vergüenzas. Todas las consideraciones de las profesoras, para ella; las calificaciones más altas, para ella; los elogios, para ella, y para mí, nada, nada.....

CARLOTA.— Ya le voy a escribir a Alberto; a decirle que él sabrá lo que hace con su hija: que yo no me hago cargo por más tiempo.

CUMANDA.— (Cumandá se acerca a la mesa, coge el papel que estaba escribiendo Nora y lee) Poema a la Madre desconocida. (Sigue leyendo en silencio y después de un momento, exclama con envidia) ¿Pero de dónde sacará Nora todas estas cosas? ¡Oh, cómo quisiera poder escribir yo algo semejante.

CARLOTA.— Es que tú no te propones, hija, que de lo contrario, escribirías mucho mejor que ella.

CUMANDA.— Es que ésa tiene suerte para todo. Aunque yo escribiese, nadie me reconocería nada bueno; mientras que a ella, bueno o malo, todo le aplauden.

CARLOTA.— (Con petulancia) Tú eres rica y no necesitas de nadie. ¿Qué ganas con escribir esos

adefesios?

CUMANDA.— ¡Oh, yo daría la mitad de mis riquezas por poder escribir como ella.

ESCENA V

Las mismas y Alfredo

ALFREDO.— (Entrando) ¿Qué es de Nora?

CARLOTA.— Por allí afuera anda. Ella es tan dueña de su gusto.....

ALFREDO.— Yo la ví que estaba llorando. Ya le han de haber hecho algo Uds. Pobre chica. Cuánto sufre. Bien dicen: no hay como el cariño de la madre.

CUMANDA.— (Con menosprecio) Ud. siempre volviendo por ella: parece que Ud. fuera su padre; en cambio a mí, a quien debía querer Ud. como a una hija, por ser su entenada.....

ALFREDO.— A ti te quiero más que a una hija, porque te he visto crecer a mi lado y por los lazos que me unen a tu madre. Pero me da pena de esa pobre chica que a la cuenta, no tiene padre ni madre, y me disgusta la injusticia con que la juzgan Uds.

CARLOTA.— (Disgustada) ¿Qué es, vas a retarnos? Anda defensor de pobres.

ALFREDO.— No vengas tú también con disparates. Lo único que quiero es evitar las injusticias y los abusos que ustedes cometen con esa pobre chica.

CARLOTA.— Pobre, pobre, cuántas envidiarán su suerte: qué más quiere, estar aquí como niña bonita.

ALFREDO.— Pero no ves tú que nosotros no le hacemos ningún favor con tenerla aquí: no somos sino administradores del dinero que su padre ha dejado en nuestro poder para ella.

CARLOTA.— (Enfadada) Yo no necesito ser administradora de nadie; para eso tengo mi buena fortuna.

ALFREDO.— Entrégale entonces lo que le pertenece a Nora y déjala que se vaya con su madre; déjala que se vaya a buscar el cariño que Uds. le niegan.

CARLOTA.— (Exaltada) ¿Qué dices?, estás loco? Yo, entregar los dineros de mi hermano para que los disfrute con esa pordiosera? Tengo consigna escrita y firmada con puño y letra de Alberto, en que dice: Que el día en que Nora quisiera irse con su madre, no se le entregará ni un solo centavo. Ella podrá disfrutar de los dineros de su padre, mientras esté conmigo.

ALFREDO.— (Queriendo cambiar de conversación) ¿Que será de la madre de Nora?

CARLOTA.— Felizmente, vive lejos y conoce la consigna de mi hermano, por lo que creo que jamás intentará llevarse a su hija. Bien puede que haya muerto: hace algunos meses supe que estaba de gravedad en el Hospital, allá en su tierra.

ALFREDO.— De todos modos, es necesario tener humanidad y tratar a esa chica con consideraciones, que bien se las merece: es tan buena y tan inteligente.

CUNANDA.— (Resentida) Mira mamá, eso dice tu marido por injuriarme a mí.

CARLOTA.— Cierto es; no lo dices de bueno. Ay

cuánto me pesa y cuánto me arrepiento de haber dado padrastro a mi hija.

ALFREDO.— Sí, te has arrepentido de haber dado padrastro a tu hija; pero no te has arrepentido nunca de haber quitado su madre a Nora.

CARLOTA.— Lindo hubiera pasado Nora con su madre.

ALFREDO.— Tú estás obligada a tratar bien a esa muchacha; puesto que fuiste la promotora para que tu hermano se divorcie con la madre de Nora; y lo que es más, para que, en lugar de pasarle una pensión para que la madre viva con su hija, te empeñaste en que tu hermano la quite a Nora del poder de su madre y te la entregue a ti.

CARLOTA.— (Disgustada) Calla, hombre, más bien calla, que cuando te propones hablar tontearías, eres insoportable.

ESCENA VI

Los mismos e Hipatia

VICTORIA.— (Desde la puerta) Entre no más, ahí está la señora.

HIPATIA.— (Entra pobremente vestida. Está pálida y mira nerviosamente a todas partes) Buenas tardes. Perdonen Uds., me dijeron que aquí necesitaban una sirvienta y he venido a ofrecer a Uds. mis servicios.

CUNANDA.— (Aparte a su madre) No me gusta esta mujer, mamá: tiene muy mala facha.

CARLOTA.— Es verdad; pero hoy es muy difícil conseguir sirvientas.

ALFREDO.— (Dirigiéndose a Hipatia) Siéntate, mujer.

CARLOTA.— ¿Cómo te llamas?

HIPATIA.— María Suárez.

CARLOTA.— ¿Casada o soltera? ¿Sabes cocinar? ¿Has estado en alguna otra casa?

ALFREDO.— (Disgustado) Hasta cuando va a seguir el interrogatorio. Ve si la ocupas o no. Si no la quieres, despáchala.

CARLOTA.— (Disgustada) Calla, tú no sabes. Ya te hê dicho que no te metas en mis cosas.

ALFREDO.— (Dirigiéndose a Hipatia) A ver, el todo es que estas señoras, necesitan sirvienta y te cogerán a ti. Dí no más: cuánto quieres que te paguen por mes.

HIPATIA.— Ocho sueres me pagaban.

ALFREDO.— Está bien. (Dirigiéndose a Carlota) Ahora ve si te conviene o no.

CARLOTA.— Yo no pago sino seis sueres.

HIPATIA.— No hay inconveniente, señora; yo tengo la mejor voluntad de servirla a Ud.

CARLOTA.— Arreglado (Dirigiéndose a la puerta) Victoria, Victoria.

VICTORIA.— (Desde Afuera) Mande señora.

CARLOTA.— Lleva a esta muchacha a la cocina e indícale lo que debe hacer.

HIPATIA.— (Saliendo) Con permiso.

ESCENA VII

Los mismos menos Hipatia

ALFREDO.— Me parece una buena mujer.

CARLOTA.— Quien sabe. Yo tengo mucha desconfianza de estas fachas de pordioseras.

VICTORIA.— (Desde la puerta) Señora, unas visitas esperan en la sala.

CARLOTA.— Vamos Cumandá, deben ser las Meneses: me ofrecieron venir hoy.

ESCENA VIII

Nora sola

NORA.— (Entra con profundo abatimiento) ¡Oh, cuánto he sufrido. Si al menos hubiera aquí en la casa, una persona a quien poder confiar mis sufrimientos. Pero yo estoy sola, completamente sola. (Solloza)

ESCENA IX

Lucrecia y Nora

LUCRECIA.— (Entra y abraza a Nora) ¿Qué es eso? Estás llorando, Nora?

NORA.— (Con tristeza) Ay Lucrecia, qué felices deben ser los que tienen madre; los que tienen algún cariño en la vida.

LUCRECIA.— Pero Nora, ¿quién te ha dicho que tú no tienes madre? Algún día vendrá a buscarte. (Se acerca al escritorio y coge la poesía que escribió Nora. Lee en voz alta):

POEMA A LA MADRE DESCONOCIDA

Yo contemplo tus ojos de infinita tristeza,
en todas las pupilas que rutilan de amor;
y miro los abismos de tu intensa amargura
en todas las miradas que empaña un cruel dolor.

Yo adivino tus labios, en los labios marchitos,
que desfloran piadosos, sonrisas de pasión;
en los labios que cantan arrullando amorosos
y meciendo en las cunas su mismo corazón.

Miro tus manos níveas, en las manos amantes
que, con dulzura santa, saben acariciar;
en las manos piadosas que en el duro sendero,
saben quitar las zarzas para el dolor calmar.

Yo siento tu caricia en el rayo de luna
que en las noches de plata, viene a besar mi sien;
oigo tu suave arrullo en todos los arpegios
que entonan por la tarde, las aves por do quier....

(Con entusiasmo) ¡Oh, esto es una belleza. ¿Por
qué no publicas?

NORA.— ¿Para qué?

LUCRECIA.— Dime Nora, ¿tienes tú algún recuer-
do de tu madre?

NORA.— ¡Oh, sí; la tengo tan presente en la últi-
ma escena. Ella me estrechó convulsivamente entre
sus brazos y me besó frenética, sollozante; mien-
tras una mujer desconocida, me arrancaba de sus
brazos sin piedad. ¡Oh, sí, Lucrecia, yo sentí el
desgarramiento de su alma al arrancarme de sus
brazos. Y veo su imagen pálida y trémula a todas

horas, y sus grandes ojos negros que me miran con
amor infinito. Los demás detalles de su rostro no
recuerdo muy bien. Yo tenía apenas cinco años....
Pero en sueños la he visto muchas veces y llevo su
imagen tan intensamente grabada en mi alma que,
al verla, la reconocería.

LUCRECIA.— ¿Pero no sabes si vive?

NORA.— Yo no sé nada. No me dejan comunicar
con nadie. No conozco ningún pariente materno a
quien pudiera dirigirme. Pero presiento que ella vi-
ve; que algún día la encontraré en el camino de
mi vida. Sólo algunas veces, me asalta como un
fastasma, la idea de que ha muerto; de que no vol-
veré a verla y, entonces, me invade una desespe-
ración infinita, indescriptible.

LUCRECIA.— ¿Quiénes son los responsables de tan
funesta separación?

NORA.— Los responsables.....mi padre que,
llevado de su libertinaje, exigió a mi madre el di-
vorcio. Mi tía Carlota que, no sólo coadyuvó para
dicho divorcio, sino que convenció a mi padre pa-
ra que, en lugar de pasarme una pensión, me arran-
que de los brazos de mi madre y me traiga a vivir
aquí, a esta casa, donde jamás he visto irradiar un
rayo de cariño; y esta sociedad, Lucrecia, esta so-
ciedad en que vivimos; esta mala organización so-
cial que no equilibra los derechos de la mujer; que
no la prepara para la vida; que no libera su con-
ciencia; que no la libera económicamente; que ha-
ce que la mujer tenga que soportar todos los vejá-
menes y ultrajes del marido; porque sin él no tiene
la subsistencia necesaria; porque sin él se muere
de hambre y de miseria. Esta sociedad, Lucrecia,

que lanza a la mujer a la vida, débil, indefensa, impotente para que se debata con los rigores de su suerte. ¡Oh, (con énfasis) sólo el día en que la mujer alcance la liberación de su conciencia; sólo el día en que la mujer alcance su liberación económica; sólo ese día dejará de ser la víctima del marido.

LUCRECIA.— Cuánto me alegro oír que te expreses de este modo; yo tengo igual manera de pensar. (Levantándose) Me voy, creo que viene tu tía y he notado que a ella le disgusta nuestra amistad. Volveré pronto, hasta luego Nora,

NORA.— (Abrazándola) Hasta luego (Sale Lucrecia y Nora la acompaña hasta la puerta.)

ESCENA X

Nora y Victoria

NORA.— (Se sienta en un sofá, se queda pensativa; luego se enjuga nerviosamente las lágrimas)

VICTORIA.— (Entrando) ¿Por qué llora, niña Nora? ¿Qué le ha pasado? Está pálida.

NORA.— ¡Ay Victoria, feliz tú que tienes madre!

VICTORIA.— Pero bien, puede que Ud. también la tenga.

NORA.— Ya sabes que a mí, me la quitaron despiadadamente. No sé siquiera si vive. No he podido averiguar nada: me tiene con tanta estrictez... (Llevándose las manos a la cabeza) Ay, pero tengo un dolor de cabeza horrible.

VICTORIA.— Ya son las siete de la noche, ¿quieres servirse algo? Las señoras están con visita.

NORA.— No, gracias, Victoria; no quiero nada.

(Recostándose en el sofá)

VICTORIA.— (Poniéndole un almohadón) Eso es, recuéstese un poquito hasta que se desocupen las señoras para ir a la merienda; quizás recostándose un poco, le pase el dolor de cabeza.

NORA.— Dices bien. Victoria, siento tanta necesidad de reposo. Qué dulce debe ser encontrar un refugio en estas horas de tormenta.

VICTORIA.— (Coloca un biombo para taparle la luz; luego se pone a arreglar unos papeles del escritorio, que están en desorden)

ESCENA XI

Lucrecia y Victoria

VICTORIA.— (Disponiéndose a salir) Pobre niña, si viviera con su madre.

LUCRECIA.— (Desde la puerta) ¿Qué es de Nora?

VICTORIA.— (Bajando la voz) Está con un fuerte dolor de cabeza.

LUCRECIA.— Bueno, dejémosla que descanse. No es tan urgente lo que venía a decirle: regresaré. Hace un momento estuve con ella y no me acordé de comunicarle. (En voz baja) Oye Victoria, tú eres muy antigua en esta casa, ¿no es cierto?

VICTORIA.— Ya vivo cerca de 14 años; me trajeron todavía niña.

LUCRECIA.— Entonces, tú has de saber quién es la madre de Nora. ¿La conoces tal vez?

VICTORIA.— ¡Oh sí; yo fui con la señora Leonor, una amiga íntima de la señora Carlota, a traer a la niña Nora. Yo no sé el nombre o mejor di-

cho, el apellido de la mamá de la niña Nora; pero la conozco de vista; es bien alhajita: la misma cara de la niña Nora.

LUCRECIA.— ¿Y por qué no le has dicho esto a ella?

VICTORIA.— Ay niña Luquita, ¿pero cómo cree que voy a perder todas las prerrogativas de que gozo yo en esta casa? Ya vé la confianza que me tienen: yo manejo todo. Además, ¿qué puedo yo decirle a la niña Nora? La madre vive tan lejos de aquí.....; no sé si viva también. Me han encargado absoluto secreto. El día en que siquiera conversara yo con la niña Nora, respecto de su madre, me despedirían. Además, ha pasado tanto tiempo de eso. Son ya doce años; yo no sé si esa señora vive o ha muerto.

LUCRECIA.— Pero la madre de Nora la entregó voluntariamente?

VICTORIA.— ¡Oh, no. Todavía me parte el alma cada vez que me acuerdo de esa escena. La niña Nora estaba desmayada de hambre en los brazos de su madre. Ella creyó que se moría. Se puso como loca: la abrazaba, la besaba, lloraba desesperada; y viendo que su hija iba a morirse por falta de alimento, nos la entregó; pero al desprenderla de sus brazos, cayó desmayada.

LUCRECIA.— Pobre mujer. ¿Pero cómo es que habiendo sido de regular proporción el padre de Nora y toda la familia de él, dejaban que la niña muera de hambre?

VICTORIA.— Es que ese era el plan: la mamá de la niña Nora no quería entregarla ni por nada. El papá no le pasaba ni un centavo, la se-

ñora no tenía medios de vida; y después de vender todo, hasta los muebles, se vió un día, en el caso de no tener un pedazo de pan para dar a su hija. Entonces, viendo que ella se moriría de hambre, tuvo que entregarla a la persona recomendada por el padre, para traerla aquí, donde la señora Carlota.

LUCRECIA.— Pero esto es atroz. ¿Por qué la mamá de Nora no exigiría que su marido le dé una pensión.

VICTORIA.— Qué iba a exigir nada la pobre, cuando ya estaba divorciada. Su marido dizque la trataba muy mal y la pegaba hasta que le hizo dar la firma del divorcio.

CUMANDA.— (Desde afuera) Victoria.

VICTORIA.— Mande (Dirigiéndose a Lucrecia) Ay, ya me llaman.

LUCRECIA.— Yo también me voy; no digas a nadie que he estado aquí. (Salen Victoria y Lucrecia)

ESCENA -XII

Hipatia y Nora

HIPATIA.— (Entra con gran precaución, mirando a todos lados, con demostraciones de intensa emoción) ¡Oh Dios mío, mi corazón estalla! Ella debe estar aquí (Se acerca al escritorio y mira el poema que escribió Nora. Lee algunas frases en silencio) ¡Oh, mi Nora, bendita sea! (Besando el papel) Es ella, no me cabe duda, es ella quien ha escrito esto.....Y es a mí, a quien

se dirige. (Se acerca cautelosamente y mira detrás del biombo. Al ver a Nora, fuera de sí, quiere arrojarle en sus brazos; pero al mirar que se halla dormida se contiene) ¡Oh, qué hermosa está! Mi Nora, mi amor. Si ella pudiera saber cuánto he sufrido. ¿Me rechazará? Imposible; era tan buena! ¿He hecho bien o mal en venir a arrancarla de las comodidades de que goza? Nó, ¿acaso no he sufrido ya bastante? Mientras duró su educación, no quise perturbarla: tuve miedo de truncar sus estudios. Hoy ya ha terminado. ¿No tengo derecho para presentarme a ella para implorarle su amor? Esta forma de sirvienta que he adoptado es la más prudente. Si ella no quiere irse conmigo, me regresaré yo....; pero después de haberla visto; después de haberla estrechado contra mi corazón (Separa muy despacio el biombo y la mira con ansiedad) Duerme, ángel mío, duerme tal vez el sueño de la dicha y yo vengo a turbarlo! (Luchando consigo misma) Debo dejarla, Dios mío! (Disponiéndose a salir) Debo contar mi sacrificio. (Regresándose) Oh, después de haberla visto, no tengo valor. Nó, no debo arrancarla de la felicidad de que goza aquí, para arrastrarla conmigo a la miseria. (Con resolución) No, no puede ser: me voy. Huiré para no turbar su dicha. (Sale hasta la puerta y regresa otra vez) ¡Oh, no me iré sin darle un beso, un solo beso, sin despertarla. (Nerviosa) ¡Oh, Dios mío, dejadme que la bese y que muera después. (Se acerca cautelosamente y la besa en la frente)

NORA.— (Semi-dormida) ¡Madre, madre mía!

HIPATIA.— (Fuera de sí) ¡Nora! (Arrojándose en sus brazos) ¡Nora, hija de mi alma!

NORA.— (Despertándose) ¡Madre mía (Se abraza sollozando.) Pero, no estoy soñando? Eres tú, madre mía!

HIPATIA.— (Mirándola ansiosa) ¡No sueñas, mi amor, míame. ¿Te acuerdas de mí?

NORA.— ¡Oh, cómo podría olvidarte si tu imagen la he llevado siempre grabada en mi alma!

ESCENA XIII

Las mismas, Carlota y Cumandá

(Cuando entra Carlota, Nora e Hipatia continúan abrazadas, sollozando.)

CARLOTA.— (Mirando desde la puerta, sorprendida) ¿Qué significa esto?

CUMANDA.— (Entrando al mismo tiempo que su madre) Oh, esto es insoportable. ¿Nora, qué significa esto?

NORA.— Lo que ven Uds: ha venido mi madre, ella, mi madre!

CUMANDA.— (Retrocediendo) ¡Qué horror!

CARLOTA.— ¡Qué barbaridad! Pero tú, la hija de una sirvienta?

NORA.— Tal vez hasta ese estado la habrá conducido la miseria. (Con entusiasmo) Pero ella, ella, así miserable, así andrajosa, vale para mí más que todas las grandezas del mundo.

CARLOTA.— (Carlota dirigiéndose a Hipatia, indignada) Pero Ud., ¿con qué derecho vino a in-

troducirse en esta casa?

HIPATIA.— ¿Con qué derecho?: Con el derecho de madre ultrajada.

CARLOTA.— Supongo que Ud. no traerá la necia pretensión de llevarse a su hija....

HIPATIA.— Si no quiere, nó.

NORA.— (Abrazando a su madre) ¡Oh, yo me iré contigo sin vacilar, madre mía: conozco el grande sacrificio que hiciste al entregarme.

CARLOTA.— (Dirigiéndose a Nora) ¿Sabes acaso, desgraciada, la miseria a que te conduce tu precipitación? ¿Sabes que si tú te vas con tu madre, tu padre y yo te negaremos todo apoyo?

NORA.— (Con resolución) Todo, todo lo sé. Desprecio sus riquezas, desprecio todas las comodidades que me brindan Uds.; todo, todo lo desprecio por el amor de mi madre.

HIPATIA.— (Abrazando a su hija) ¡Angel mío!, ¿no te aterra la miseria que arrastrarás conmigo?

NORA.— Nada, nada me aterra si estoy a tu lado. Vamos, vamos madre mía. (Salen.) (Carlota y Cumandá se quedan mirando sorprendidas.)

ACTO SEGUNDO

ESCENARIO: Un cuarto pobremente arreglado: dos sillas y una mesa sobre la cual se hallan algunos libros y papeles.

ESCENA I

Nora sola

NORA.— (Aparece sentada, tejiendo un crochet. Después de un momento se levanta y mira desde la puerta con ansiedad) ¡Pobre madre mía! Un gran dolor me oculta. Su sueño es inquieto y pesaroso. Ella está mal, muy mal, y se esfuerza en vano el ocultarme. Oh, si yo pudiera emplearme en algo, si yo pudiera ganar en alguna forma para atender a mi madre..... ¿Pero cómo? (Con angustia) ¡Oh Dios mío, ver que ella se muere; que agoniza lentamente y no poder aliviarla!... ¿Habrá martirio más atroz?

ESCENA II

Nora e Hipatia

NORA.— (Coge la costura y se sienta de nuevo a tejer) Si esto rindiera alguna utilidad.....

HIPATIA.— (Desde la puerta) Nora.

NORA.— (Se levanta asustada y coge a su madre) Pero, ¿te has levantado, mamá? Ven, siéntate, quizá no te haga daño. (La hace sentar

en una silla y la arropa cariñosamente; después sigue tejiendo)

HIPATIA.— (Después de un momento de silencio) ¡Cómo trabajas, Nora: tú criada en medio de tantas comodidades.....

NORA.— No te aflijas, mamá: esto me distrae, y trabajaría muy contenta, si este trabajo rindiera algo más de utilidad; pero es tan poco lo que pagan..... Por la hechura de esta sobrecama no me dan sino diez sueres.

HIPATIA.— (Suspirando) No sabes, hija mía, cuánto sufro al verte marchitar y palidecer al peso de la miseria y del trabajo. A veces, siento remordimientos de haberte traído a mi lado.

NORA.— No digas eso, mamá. Tú me miras a través de tus preocupaciones. Yo estoy bien, muy bien de salud, y sería completamente dichosa, si no estuvieras enferma.

HIPATIA.— ¡Qué buena eres, hija!

NORA.— No hago otra cosa que corresponder a tu cariño.

HIPATIA.— Tú lo has sacrificado todo por mí.

NORA.— Exageras, mamá. Ay, si yo pudiera darte la salud que te falta; si pudiera rodearte, como deseo, de comodidades y holgura; si pudiera reparar todo el daño que te ha hecho la vida.....

HIPATIA.— Yo, con tu cariño, me siento dichosa; pero sufro al verte trabajar así; me angustia al sentirme impotente para protegerte, para luchar por ti.

NORA.— (Cogiendo entre las suyas las manos de su madre) Calla, calla por Dios mamá, que te

pones nerviosa, que te pones mal. Hablemos de otra cosa. Mira mamá la señora Amalia, me ofrece dar una colocación, como dependiente, en el almacén de su hermano; con treinta sueres mensuales. Yo le he dicho que podría también llevar la contabilidad del almacén, y ella me ha prometido que, en ese caso, me aumentaría algo más. ¡Oh, entonces ya tendré con qué pagar al médico; con que curarte, y te pondrás bien, ¿no es cierto?

HIPATIA.— Pero si ya estoy mejor. Cuánto has gastado ya en médico y en medicinas: tu ropita más buena, tus alhajas: todo, todo lo has sacrificado por mí.....

NORA.— A ti todo te parece sacrificio.

HIPATIA.— (Cogiendo las manos de Nora) Pero ya, descansa un rato Has tejido desde las seis de la mañana, sin descansar. Y lo peor es que ni las noches descansas: terminas de coser y te pones a escribir hasta las doce. ¿Crees que tu constitución es de acero?

NORA.— Eres muy aprensible, mamá. Si escribir poesías es más bien una expansión, un entretenimiento: esto no me cansa.

HIPATIA.— Así será, hija mía; pero amaneces tan pálida y con unas ojeras.....

NORA.— Si vieras, mamá, como es para mí una necesidad escribir: parece que en mis versos vierto toda la amargura de mi alma y me siento después menos abrumada.

HIPATIA.— ¡Hija! (Enjugándose los ojos)

NORA.— (Acercándose a su madre) ¿Lloras mamá?

HIPATIA.— (Procurando contenerse) No lloro, no lloro, hija mía.

NORA.— ¿Quieres salir un ratito al patio a tomar el sol?

HIPATIA.— (Levantándose con esfuerzo) Bueno, vamos. (Salen.)

ESCENA III

Lucrecia y Beatriz

(Entran Lucrecia y Beatriz, y no encuentran a nadie en el cuarto.)

LUCRECIA.— Nora no ha estado aquí.

BEATRIZ.— (Acercándose a la mesa y cogiendo un álbum) Mira, mira Lucrecia, ya ha terminado Nora su obra. Mira y que bien la ha empastado.

LUCRECIA.— (Coge el album y hojea) Qué lindas poesías tiene Nora.

BEATRIZ.— Veamos que título le ha puesto a la colección.

LUCRECIA.— (Leyendo) "Mi Rosal".

BEATRIZ.— Qué bonito nombre y bien adecuado, porque estas poesías son muy hermosas.

(Cogiendo otro libro) Mira este otro libro, es de poesías. (Leyendo) Mira, Lucrecia son las mismas. Ah, estos deben ser los borradores; allá ha pasado ya en limpio.

LUCRECIA.— Qué bueno sería que se publicaran estas lindas poesías. Pero la pobre Nora

cuando va ni a proponerse.

BEATRIZ.— Hagamos una cosa.

LUCRECIA.— ¿Cuál?

BEATRIZ.— Llevémonos la obra y vamos a hablar con el Presidente del Concejo Municipal para ver si es posible que la publique gratis.

LUCRECIA.— De veras, y a mí que no se me había ocurrido esto. Acaban de nombrarlo de Presidente del Concejo, a Aníbal: es seguro que conseguimos. ¡Te imaginas qué sorpresa le vamos a dar a Nora!

BEATRIZ.— Pero vamos, para darle la sorpresa es preciso que Nora no nos vea, que no sospeche nada.

LUCRECIA.— Dices bien, vamos. (Salen apresuradamente)

ESCENA IV

Nora sola

NORA.— (Sale después de un momento, bastante preocupada) Pobre madre mía. Cuánto ha sufrido. Y que no pueda yo aliviarla. ¿Pero qué puedo hacer? (Se acerca a la mesa y mira sorprendida) ¡Qué horror!, mi libro (Registrando nerviosamente) Se han robado mi libro, Mi Rosal. (Reflexionando) Pero no puede ser.... Tal vez es Lucrecia que se propone darme una broma. Quién puede tener interés en robarme el libro?

ESCENA V

Nora y Elvira

ELVIRA.— (Entrando disgustada) Buenas tar-

des.

NORA.— (Afable) Venga señorita Elvira, venga, siéntese.

ELVIRA.— Gracias, aquí no más. Vengo a ver hasta que día me desocupan las piezas. Me deben el arriendo de tres meses y ya no es posible esperar más. Hay otra persona que paga dos sueres más que Uds.....

NORA.— (Confusa) Ah, señora, es que....

ELVIRA.— (Disgustada) Harto he hecho con esperarlas tres meses: nadie en mi lugar habría hecho otro tanto; ya les hubieran botado los *trastes* a la calle.

NORA.— Considere señora, que mi madre está enferma de gravedad.

ELVIRA.— Considere Ud. también señorita, que yo necesito el arriendo de esta casa para tantas cosas que me hacen falta.

NORA.— Sea Ud. un poco más humana, señora.

ELVIRA.— (Con cólera) Qué humanidad, ni que humanidad. Yo no entiendo de humanidades. Por caridad, les he esperado tres meses enteros. Como último plazo para desocupar las piezas, les doy tres días; después de estos, ni una hora más. (Sale.)

ESCENA VI

Nora sola

NORA.— (Yendo de un lado a otro, muy angustiada) ¡Qué situación, Dios mío, qué situa-

ción! Pobre madre mía. Si ella supiera, se moriría de pena. Si supiera que nos piden las piezas; que debemos el arriendo de tres meses; que debemos a la botica y al médico.... Si supiera por fin, que todo lo que le he dicho del empleo que ofrecen en el almacén, es mentira, nada más que una piadosa mentira que se me ocurrió para consolarla. Si supiera que no encuentro trabajo en ninguna parte; que todos me niegan; que nadie nos protege..... Qué situación Dios mío, qué situación tan desesperada. ¿Qué hago?.... Escribir a mi padre...., imposible: él me desearía puesto que no he cumplido su voluntad que es la que yo siga viviendo con mi tía.... Escribirle a ella.... nunca: se burlaría de mí, se alegraría de mi miseria.... ¿Qué hago?

ESCENA VII

Cumandá y Nora

CUMANDA.— (Entra lujosamente vestida) ¿Se puede?

NORA.— (Muy sorprendida) Oh, Cumandá, qué sorpresa me has dado. Ven, siéntate. ¿Cómo está mi tía?

CUMANDA.— (Con fingido cariño) Bien, hija, aunque extrañándote mucho.

NORA.— ¿A mí?

CUMANDA.— Pero claro; a quién había de ser?

NORA.— Pero qué casualidad?

CUMANDA.— ¿Tanto te sorprende mi presen-

cia?

NORA.— Te confieso que no esperaba que vieras a mi pobre casa.

CUMANDA.— Efectivamente, me trae aquí un asunto muy confidencial, que tal vez te convenga, o mejor dicho, que tal vez nos convenga a las dos.

NORA.— (Sorprendida) Pues no tengo ni la menor idea de lo que pueda ser.

CUMANDA.— Es un asunto muy reservado. ¿Estamos solas?

NORA.— Mamá está en la recámara. Está muy enferma. Hace un momento se quedó dormida.

CUMANDA.— Mira Nora, asegúrate que duermes, porque no quiero que ni ella se entere.

NORA.— En verdad, que me sorprende mucho tu sigilo. (Se levanta y mira desde la puerta) Está dormida; puedes hablar sin recelo: nadie nos escucha.

CUMANDA.— (Con cortedad) Nora, conozco lo apremiante de tu situación económica. Sé también que tu madre está en peligro de muerte y que no tienes con que curarla: pues yo quiero socorrerte, o mejor dicho, quiero proporcionarte una oportunidad para que adquieras algunos dineros.

NORA.— Habla, habla Cumandá, sin rodeos; pues lo que tú has dicho respecto de mi situación económica..... ¿a qué ocultarte?: es verdad.

CUMANDA.— Pues bien, Nora, quiero que me vendas tu obra, tu obra inédita, tus poesías.

NORA.— (Sorprendida) Mis poesías..... pero,

¿para qué quieres tú comprar mis poesías?

CUMANDA.— Tal vez no me he expresado con claridad. (Recelosa) Quiero yo publicar tus poesías; pero... publicarlas... como mías.....

NORA.— (Indignada) ¡Ah, es que tú no quieres comprar mis poesías, sino mi fama, mi buen nombre, los sentimientos de mi alma, porque yo la he puesto toda en mis versos; porque ellos son los brotes de mi alma dolorida.

CUMANDA.— No te resientas Nora, no seas egoísta; comparte conmigo tus glorias. Tú podrás escribir muchas cosas más; pero yo no puedo.

NORA.— Uds. le arrancaron a mi madre la vida, al arrancarme a mí de sus brazos; y ahora, quieren arrancarme mis poesías, que son también las hijas de mi alma.

CUMANDA.— Piénsalo bien Nora; después de todo, es algo que te conviene mucho: en tus manos está la vida de tu madre.

NORA.— (Como hablando consigo misma) Es verdad, y mi madre si se muere, y si se muere por falta de recursos para atenderla. ¡Ah, ahora comprendo cuánto habrá luchado ella antes de entregarme, antes de desprenderme de sus brazos.

CUMANDA.— Mira Nora, que de ti depende la vida de tu madre.

NORA.— (En un arranque de ternura) Por ella, por ella: sea.

CUMANDA.— ¿Cuánto quieres?

NORA.— (Con desprecio) No me lo preguntes; esto me repugna; me parece que estoy vendien-

do algo muy sagrado, muy íntimo: me parece que estoy vendiendo mis sentimientos (Con desesperación) ¡Oh, es que en mis versos los he puesto todos. Dame lo que tú quieras. Sólo una poesía me reservo.

CUMANDA.— ¿Cuál?

NORA.— El poema a la Madre desconocida.

CUMANDA.— Pero esa es la que más le gusta a mamá.

NORA.— (Con resolución) No, esa jamás.

CUMANDA.— En fin. (Saca de la cartera un rollo de billetes) Toma, aquí hay ochocientos sucres; después te daré algo más.

NORA.— (Recibe los billetes, coge el álbum de la mesa y entrega a Cumandá) Toma, son los borradores de todas mis poesías.

CUMANDA.— (Muy alegre) Gracias Nora, gracias. No dudo de ti: tú eres siempre muy seria en tus compromisos. Me voy. Mamá me espera. (Sale.)

ESCENA VIII

Nora sola

NORA.— (Arroja sobre la mesa el rollo de billetes y se deja caer en una silla sollozando) Así debía ser: mi madre se sacrificó por mí. Ella desgarró su corazón al desprenderse de mí, sólo por mi bien; y ahora, es preciso que yo desgarre también el mío, desprendiéndome de "Mi Rosal", entregando mis poesías que son los brotes más puros de mis sentimientos, que son las hijas de mi alma: por ella, sólo por ella!

ACTO TERCERO

ESCENARIO: El mismo del segundo acto.

ESCENA I

Hipatia sola

HIPATIA.— (Aparece leyendo un libro) ¡Pobre hija mía, cuánto ha sufrido durante mi enfermedad. (Pensando) Pero, ¿de dónde ha sacado dinero para asistirme? ¿Le habrá mandado su padre?: imposible. ¿Su tía?, menos. Pobrecita mía, qué sacrificios habrá hecho.

ESCENA II

Hipatia y Nora

NORA.— (Entra de la calle alegre y sonriente, con un paquete en la mano) ¡Ah, ahora si te has levantado sin mi consentimiento, no?

HIPATIA.— Pero hace ocho días que el médico dice que estoy bien.

NORA.— (Mostrándole el paquete) ¿A qué no adivinas qué te traigo aquí?

HIPATIA.— Será alguna obra para trabajar.

NORA.— (Bromeando) Toma, es una obra que he trabajado para ti. (Entregándole)

HIPATIA.— (Abre el paquete y saca una blusa de lana) Pero, ¿de dónde has comprado esto?

NORA.— (Muy alegre, enseñándole algunos billetes que lleva en la cartera) Es que ahora tenemos dinero, bastante dinero: mira.

HIPATIA.— (Sorprendida) Nora, pero este dinero es nuestro?

NORA.— Qué incrédula eres; claro, que es muy nuestro y por eso lo dispongo.

HIPATIA.— ¿Cómo explicarme Nora? Yo no puedo creerte: tú bromeas. ¿De dónde tienes ese dinero?

NORA.— Es que esto es un secreto, mamá.

HIPATIA.— Hija mía, si tú no me explicas la procedencia de ese dinero, no puedo aceptarte nada para mí.

NORA.— (Resentida) Mamá, ¿me crees capaz de hacerlo algo que tú no puedas saberlo?

HIPATIA.— (Abrazándola) Nó, nunca bien mío; pero quiero saberlo; necesito saberlo.

NORA.— Bueno, lo sabrás; pero prométeme no afligirte por lo que he hecho.

HIPATIA.— Me asustas de nuevo Nora.

NORA.— Ese dinero es el producto de mis poesías

HIPATIA.— De tus poesías.....

NORA.— Sí, he vendido mi libro, he vendido "Mi Rosal".

HIPATIA.— Seguramente, a algún editor que quiere hacer negocio.....

NORA.— No mamá, he vendido mis poesías para que sean publicadas con el nombre de la persona que me las compró.

HIPATIA.— (Exaltada) ¡Oh, pero eso no puede ser: has vendido tu trabajo de tanto tiem-

po, tu talento, tu gloria.

NORA.— Dime madre, todo esto reunido, vale tanto como un hijo?

HIPATIA.— (Abrazándola) Nó, nada vale en el mundo tanto como un hijo.

NORA.— Mirá mamá, tú desgarraste tu corazón, al desprenderte de mí, sólo por mi bien; yo he hecho lo propio al desprenderme de "Mi Rosal", por tí, sólo por tí. (Abrazándola.)

HIPATIA.— Es demasiado, es demasiado lo que has hecho por mí.

NORA.— Tú hiciste mucho más. Yo estaba obligada a hacer otro tanto. Tu vida estaba en peligro; ¿qué mucho es que yo haya entregado mis poesías, cuando en cambio de ellas he conseguido tu salud, tu vida, tu tranquilidad? Estábamos en una situación desesperada: debíamos tres meses de arriendo; debíamos en la botica más de cincuenta sucres, debíamos al médico y de tantas otras cosas. Pero mira mamá, mira a ver si te gusta el shuéter.

HIPATIA.— (Mirándolo) Está lindo.

NORA.— ¿Te gusta el color?

HIPATIA.— El color, el tamaño, todo está muy bueno.

ESCENA III

Hipatia, Nora y Victoria

VICTORIA.— (Entra con el libro de poesías de Nora y una carta) Buenas tardes.

HIPATIA.— Buenas tardes.

NORA.— Ven Victoria, cómo estás, qué milagro por aquí.

VICTORIA.— Aquí me manda la niña Cumandá, con este libro y esta carta para entregarle a Ud. (Entrega)

NORA.— (Cogiendo el libro) ¡Oh, "Mi Rosal". Pero qué raro es que me lo regresa. (Coloca el libro en la mesa, rompe el sobre de la carta y lee en silencio) Oh, esto es inexplicable; esto es un misterio.

HIPATIA.— ¿Qué pasa, hija mía?

NORA.— Espera un momento, mamá, pronto lo sabrás.

VICTORIA.— Dijo que le mande la contestación enseguida.

NORA.— (Coge un papel, escribe rápidamente y entrega a Victoria. Además, le entrega un pequeño rollo de billetes) Toma, van doscientos sucres. Lleva la contestación.

VICTORIA.— Hasta luego. (Sale.)

ESCENA IV

Hipatia y Nora

HIPATIA.— He pasado un momento de horrible espectación. ¿Qué sucede hija mía?

NORA.— Es algo que yo no puedo creer, algo que no me atino a explicar. La carta de Cumandá es un enigma indescifrable. Oye (Lee) Nora: No sé cómo calificar tu procedimiento. ¿Por qué me engañaste tan vilmente? Hace días que tus versos han estado publicados y tuviste

te la osadía de vendérmelos. El bochorno que me has hecho pasar, no te perdonaré en toda mi vida. Has procedido como quien eres. Allí te mando tus versos y espero que me remitas los ochocientos sucres que me sacaste a cambio de tu farsa.— Cumandá.

HIPATIA.— ¿Pero qué significa esto?

NORA.— Hace dos meses, cuando tú estabas muy mal, se me perdió el libro de poesías, de las poesías que tengo en borrador en este álbum que me remite Cumandá. En el otro estaban ya pasadas a limpio. Cumandá dice que se han publicado; pero yo no me explico cómo ni quién ha podido publicarlas.

HIPATIA.— Francamente, que esto es un misterio. ¿Y qué le contestaste tú?

NORA.— Le dije que era muy injusta al juzgarme de ese modo. Que yo no sabía nada absolutamente de la publicación, y le envié doscientos sucres que es lo único que me quedaba de los ochocientos, pidiéndole que me esperara unos días para entregarle el resto.

HIPATIA.— ¡Qué horror!, pero de dónde vas a sacar seiscientos sucres?

NORA.— Si es cierto que han publicado mi obra, venderé todos los ejemplares que pueda por entero, a alguna librería.

HIPATIA.— Yo creo que todo esto no será sino embustes de tu prima.

ESCENA V

Hipatia, Nora y Lucrecia

LUCRECIA.— (Entra muy contenta, con un periódico en la mano) Nora, Nora, señora Hipatia, oigan, lo que dice el periódico.

HIPATIA.— Lea, lea Ud. Lucrecia.

NORA.— Tan importante es para que te emociones de ese modo?

LUCRECIA.— Es que tú no puedes imaginar, Nora. (Lee) En el concurso literario nacional, promovido por el Ministerio de Educación Pública, ha obtenido el primer premio, de diez mil sucres, el libro de poesías titulado "Mi Rosal", cuya autora es la señorita Nora Cruz.

HIPATIA.— (Fuera de sí) ¡Oh, justicia del cielo!

NORA.— (Loca de alegría abraza a su madre y luego a Lucrecia) Madre mía, Lucrecia, de seguro es a ti a quien se debe este milagro.

LUCRECIA.— ¿Milagro? No, es algo muy justificado. Me propuse darte esa sorpresa y la he conseguido. Me llevé tus poesías, hice publicar en la Imprenta Municipal y la presenté para el concurso: esto es todo.

HIPATIA.— (Abrazando conmovida a Lucrecia) ¡Gracias Lucrecia: qué buena es Ud.

NORA.— Lucrecia, cómo podré corresponderte a este beneficio?

LUCRECIA.— Calla, calla Nora, no hablemos más de esto. Sé también y es de dominio público el chasco de Cumandá. Pero me voy, quie-

ro enseñarles cuanto antes a mamá y a Beatriz el periódico: ellas no saben todavía. Voy también donde Cumandá a informarle cómo son las cosas para que no te juzgue mal. Ya vuelvo. (Sale.)

ESCENA VI

Hipatia y Nora

NORA.— (Abrazando emocionada a su madre) ¡Madrecita mía, ya tengo para ti todo lo que he soñado: comodidad, holgura.....

HIPATIA.— (Estrechando a su hija en sus brazos) Y también gloria y amor!!

FIN

ACTO PRIMERO

ESCENARIO: Un camino, donde se verán algunas plantas y arbustos.

ESCENA I

Rubén solo

RUBEN.— (Después de un momento de levantarse el telón, aparece Rubén con un fardo al hombro y atraviesa el camino con demostraciones de cansancio). Oh!, qué pesada carga. (La baja para descansar) No puedo más. (Sentándose) Uf! Soy capaz de abandonar esta carga que es superior a mis fuerzas. Pero no; debo llevarla. Estoy obligado a llevarla. (Se oye pitos y voces alegres de niños) Qué alegre es la niñez! Esas voces....! Cómo me recuerdan a mi hijo. Mi hijo! Qué será de él?

ESCENA II

Rubén Hugo y Livio

(Livio y Hugo aparecen en un extremo del camino, halando unos carros juguetes. En las manos llevan pan y caramelos.)

HUGO.— Mira Livio, mira cómo rueda mi carro sin necesidad de llantas; ahora que están tan caras, es una enorme ventaja tener carros como el mío.

LIVIO.— Cuidado con despedazar el carro. Ya ves cuánto cuesta a papá estos juguetes. Tuvo que sacar suplido para comprarnos por Navidad.

HUGO.— Oh!, qué alegre es Navidad. Debía haber dos navidades en vez de la fiesta de finados; los muertos no dan nada y quieren que uno les rece todo el día.

(En este momento alcanzan a ver a Rubén y se acercan saludando)

AMBOS.— Buenas tardes, señor.

RUBEN.— Buenas tardes niños.

HUGO.— También ha venido Ud. a pasearse por aquí, señor?

RUBEN.— Estoy de tránsito. Voy a esa chocita que se divisa a lo lejos.

LIVIO.— Allá vive Ud.? Qué lejana. Por qué no la trae, la chocita a la ciudad?

RUBEN.— Nó, yo no vivo allá. Allí viven unos niños huérfanos. La madre de ellos, un día de lluvia que yo pasaba por allí, me dió hospedaje y me dió de comer. Ella ha muerto y como uno no debe olvidar nunca los beneficios recibidos, voy a dejar a esos niños estas patatas que me regalaron en el campo vecino.

HUGO.— Pero si Ud. es tan anciano. Por qué no les hace llevar a ellos, a ellos que van a comer?

RUBEN.— Son tan pequeños y tan débiles...

LIVIO.— Y Ud. no tiene hijos?

RUBEN.— Tengo un hijo muy bueno. Lo llevaron de recluta a la guerra. No sé qué habrá sido de él. Era tan valiente, tan arrojado.

HUGO.— Entonces ha sido igual a mí. Yo también soy bien valiente: quiero criarme para irme a la guerra. Quiero ser un gran General.

LIVIO.— Pobre chiquitín, cuando oye un cohete no sabe donde meterse.

HUGO.— Pero eso porque los cohetes quemán: las balas que.....matan no más.

LIVIO.— (Riendo) Matan no más. Y eso es poco.

HUGO.— Señor, Ud. ha ido a la guerra? Cómo es la guerra?

RUBEN.— Oh, niño, si Ud. supiera: la guerra es hambre, destrucción, muerte y miseria. La guerra es horrible; es el monstruo que en estos momentos destruye a la humanidad.

HUGO.— (Temeroso) Si es monstruo, qué miedo! Yo no iré nunca a la guerra. Yo creí que sólo había balas, cornetas y música.

RUBEN.— Allí se despedazan los hombres como fieras hambrientas y rugen feroces mientras corre la sangre como rojas serpientes de fuego, entre los miembros palpitantes aún de los caídos y los ayes dolientes de los que agonizan.

HUGO.— (Cubriéndose la cara) Calle señor, no diga más. Yo nunca iré a la guerra; mejor me haré cura de claustro o más bien obispo, o San Antoniò.

LIVIO.— Qué horrible debe ser.

RUBEN.— Niños, cuando Uds. sean grandes, por todas partes hagan propaganda de la paz y combatan la guerra. (Se levanta y coge el fardo) Ahora me voy. El sol se hace cada vez más fuerte.

LIVIO.— Está Ud. muy pálido.

HUGO.— Tiene hambre?

RUBEN.— No he comido nada en todo el día.

LIVIO.— (Entregándole) Acepte Ud. este pan.

RUBEN.— (Cogiendo) Gracias, niño.

HUGO.— Yo también le diera mi pan; pero el mío es tan sabroso.....

LIVIO.— Dale entonces el paquete de caramelos.

HUGO.— No ves que comiendo caramelos, con el sol puede dolerle la cabeza.

LIVIO.— A ti nunca te falta disculpas. No voy a darle a él; voy a mandar, por Navidad, a esos pobres niños huérfanos. Nosotros tendremos hoy buena cena y ellos no tendrán nada.

HUGO.— Y esas ricas papas que les lleva el señor..... Ya quisiera comer yo también.

LIVIO.— No seas miserable, Hugo. Mamá dice que hay que ser buenos con los demás niños.

HUGO.— Yo soy bien bueno. Todo les daría a esos pobres niños, hasta los zapatos nuevos que me quedan chiquitos, pero no mis caramelos: son tan ricos.

LIVIO.— Mamá te volverá. Trae.

HUGO.— (Entegándole) Verás que están 28 caramelos.

LIVIO.— (Mirando el paquete) No hay sino 14 caramelos.

HUGO.— Pero es que esos rojos valen por dos.

LIVIO.— (Entregando a Rubén) Tome, señor, estos paquetes de caramelos: llévelos por Navidad a esos pobres huérfanos.

RUBEN.— (Cogiendo) Gracias, niño. Qué alma tan noble tiene Ud.

HUGO.— Y yo también.... No ve que mis caramelos son mejores?

RUBEN.— Oh!, sí, Ud. también es muy bueno.

LIVIO.— (Burlándose) Bueno, pero muy goloso. (Ríen.)

RUBEN.— Ahora si me voy. (Coge el fardo y pugna por levantar) Qué pesado está.

LIVIO.— A ver, yo le alzo.

HUGO.— (Haciendo ademán de alzar) Yo también le ayudo, porque también soy bueno: así dice mi hermana Lili cuando quiere que le dé mi pan.

RUBEN.— (Carga el fardo pero se agobia por el peso) No puedo. Descansaré un poco más. (Baja el fardo) Voy a esperar que decline el sol.

HUGO.— Por qué no bota la mitad de las papas para que se le haga más liviana la carga?

RUBEN.— No diga.... si Ud. supiera el hambre que tienen esos pobres niños. Su madre al morir me suplicó que velara por ellos.

LIVIO.— (Cogiendo el fardo) Yo soy fuerte; voy a ayudarle a llevar.

RUBEN.— (Tiata de impedir) Nó, no consentiré. Esto es demasiado. Qué bueno es Ud. Cómo se llama?

LIVIO.— Livio Falcony Ascázubi.

RUBEN.— (Apunta en su cartera) Falcony-Ascázubi.

HUGO.— Yo me llamo Hugo Miguelito.

LIVIO.— (Dirigiéndose a Rubén) Y Ud., cómo

se llama?

RUBEN.— Rubén López.

HUGO.— (Aparte) Rubén, qué feo nombre.

RUBEN.— Viven Uds. en la ciudad?

LIVIO.— Sí, somos de Paute.

HUGO.— Yo soy el que vivo en la ciudad.

Livio se va siempre al campo.

LIVIO.— (Alzando el fardo sobre sus hombros)

Vamos. Ya verá como puedo ayudarle sin cansarme.

HUGO.— (Con socarronería) Eso es nada. Yo me he llevado hasta tres bultos de esos a la vez.

RUBEN.— (Riendo) Qué guapo.

LIVIO.— No seas exagerado.

HUGO.— Si yo puedo llevar el bulto y encima al señor.

LIVIO.— (Burlándose) Toma. Ven te hago cargar.

HUGO.— Nó. yo no cargo bultos de papas sino de lana o algodón.

LIVIO.— (Avanzando) Vamos.

RUBEN.— (Agradecido) Ah!, si todos los niños fueran como Ud., después de poco, estaría salvada la humanidad. (Siguen avanzando los tres)

TELON

ACTO SEGUNDO

(Ha pasado diez años del primer acto)

ESCENARIO: Un campo de batalla. Al levantarse el telón, se oyen toques de corneta, el sonido de los disparos y gritos de guerra) Viva la libertad! Viva! Viva!! Abajo la tiranía! Abajo!, abajo!!

ESCENA I

Hugo y Livio

(Después de un momento de levantado el telón aparecen Hugo y Livio, jadeantes, sudorosos y equipados militarmente)

LIVIO.— Estamos perdidos! Sigue por aquí, Hugo.

HUGO.— Qué horrible ha sido la guerra! Me acuerdo de las pa'abras de ese anciano. Por qué no me hice más bien cura o aunque sea sacristán?

LIVIO.— Es necesario tener valor. (Observando el campo) Creo que aquí estamos seguros. Descansemos un rato para luego seguir la marcha e ir a reunirnos con nuestras tropas. (Se deja caer con demostración de cansancio.)

HUGO.— (Asustado) Piensas seguir combatiendo? Lo que es yo, si de esta zafo, otra vez no me agarran ni con perros.

LIVIO.— Tú no debiste venir: sigues siendo

niño.

HUGO.— No creas que tengo miedo; pero tiemblo por mi madre: se quedará tan sola en el mundo..... (Queriendo llorar)

LIVIO.— (Disgustado) Tén serenidad. Pórtate como hombre.

HUGO.— (Con petulancia) No puedes quejarte de mí: me he portado en la guerra como un héroe.

LIVIO.— (Burlándose) Sí: alcancé a ver que huías hasta de tus compañeros.....

HUGO.— Es que como jefe que soy, yo estaba dando órdenes e indicando la forma como han de hacer la retirada en caso necesario. Espero que saldré ascendido de esta guerra. Yo soy todo un valiente. (Poniéndose en actitud de ataque) Ahorita quisiera que se presentara el enemigo, y vieras con qué valor, con qué heroísmo le atacaría..... (En este momento suena un disparo a lo lejos). Ay!, ay! (Cae como muerto.)

LIVIO.— (Acercándose a su hermano) Qué te sucede?

HUGO.— (Palpándose) Ay Livio,....estoy muerto....; es decir herido.....; casi sin sentido.....; estoy sin habla.

LIVIO.— Pero hombre, dí qué te pasa.

HUGO.— Creo que me hirió esa bala; por aquí por la sien.

LIVIO.— (Riendo) Hombre, el miedo te vuelve loco. Si ese disparo fué lejísimos.

HUGO.— (Se sienta y se registra todo el cuerpo) Pero dices de verdad? No estoy herido? No

estoy muerto? Al sentir el balazo y ver que me moría, yo no sufría por mí sino por mi madre.

LIVIO.— Levántate, hombre. Si esta ridícula escena hubiera sucedido en presencia de algún extraño, me avergonzaría tu cobardía extrema.

HUGO.— (Reaccionando) Calla, no me insultes. Ya verás de hoy en adelante. Quisiera que en este momento se presentaran los enemigos, para demostrarte que lo ocurrido no fué sino un accidente pasajero; que he reaccionado y que soy capaz de una pro.....

ESCENA II

Los mismos, el Sargento Marchán y el Cabo Mendez

(Méndez y Marchán avanzan muy fatigados)

HUGO.— (Loco de terror) Ay!; estamos perdidos (reconociéndolos) Ah!, son Uds.?

MARCHAN.— (Cuadrándose al ver a Livio) Mi Teniente.

MENDEZ.— " " " " " Mi Teniente.

LIVIO.— Hola, muchachos!

MARCHAN.— Hemos corrido más de tres kilómetros. Casi caímos en manos enemigas.

HUGO.— (Dirigiéndose a Méndez) Yo soy su jefe: por qué no se cuadra Ud.?

MENDEZ.— (Cuadrándose delante de Hugo) A sus órdenes mi Sargento Falcony.

LIVIO.— Han visto Uds. al Teniente Mora?

MARCHAN.— Para el Sur siguió con unos cua-

tro o cinco clases...

HUGO.— (Con arrogancia) Cabo Méndez.

MENDEZ.— (Cuadrándose) Ordene mi Sargento Falcony.

HUGO.— Observe Ud. el campo enemigo. Yo no tengo miedo, pero es necesario tomar precauciones.

MENDEZ.— Está bien mi Sargento. (Observando) Mire mi Teniente Falcony, por ahí parece que avanza el enemigo.

MARCHAN— Yo creo que debemos seguir adelante.

(Todos observan.)

LIVIO.— Parece que son de los nuestros. Yo creo que en los actuales momentos este sitio es el menos peligroso. Sargento Marchán, Cabo Méndez, vayan Uds. a hacer un pequeño recorrido y regresan a dar aviso.

MARCHAN Y MENDEZ.— Está bien. (Salen.)

ESCENA III

Livio y Hugo

HUGO.— (Cogiendo desesperadamente a su hermano) Por Dios, Livio, vámonos de aquí; aquí caeremos como en una trampa. Oh mi madre, mi pobre madre!... Ya no volverá a vernos....

ESCENA IV

Los mismos. el Sargento Sevilla y el Cabo Gómez
SEVILLA Y GÓMEZ.— (Avanzan con fusil en ris-

tre) Quedan Uds. prisioneros.

HUGO.— Ay, pobre de mí! (Se cubre la cara con las manos)

LIVIO.— (Con dignidad) Está bien, Uds. están en su derecho.

HUGO.— (Con la voz entrecortada) Si, Uds. están en su derecho.... Uds. son unos valientes.... unos héroes.... unos.... pero no se fueran primero a coger a esos otros que se fueron por allá.....

LIVIO— Silencio Hugo.

SEVILLA.— Saben Uds. la consigna que tenemos con los enemigos que caen prisioneros?

LIVIO.— No hace falta saberlo.

HUGO.— Cuál, cuál es la consigna?

GÓMEZ.— Ejecutarlos en seguida.

HUGO.— (Fuera de sí) Qué oigo? (Presentándose humilde ante Sevilla) Mi Sargento, mi Teniente, mi Capitán, mi Coronel, por Dios, no nos mate Ud.: por su madre!!

SEVILLA.— (Burlándose) Hola, Cabo gallina, si tiene tanto miedo a la muerte, no ha debido meterse en revoluciones.

GÓMEZ.— (Burlándose) Qué buen muchacho me parece el mayor, pero el otro ha debido quedarse cocinando.

SEVILLA.— Cuál de los dos tiene grado más alto: deben morir por orden jerárquico.

LIVIO.— Yo soy oficial. Mi hermano es clase..

HUGO.— (Interrumpiéndole) Nó, yo no soy nada.... ya lo ven Uds. soy un pobre recluta,.... un pobre diablo. Me trajeron a la fuerza. Yo soy un pobre muchacho, no tengo sino 17 años.

SEVILLA.— Mejor: así no tendrá a quién hacer falta.

HUGO.— Oh no...yo soy padre de familia: tengo 20 hijos...y tengo a mi cargo 18 sobrinos y 15 hermanitos.....y mi madre, oh mi pobre madre.....

SEVILLA.— Qué divertido está esto. Cuántas mamás tiene?

HUGO.— Mamás.....mamás.....diez.....

SEVILLA.— Vaya que me interesa. A ver, cómo es eso?

HUGO.— Verá mi Sargento, mi Coronel, mi Caballero...: la mamá de mi mamá. la de mi abuelita. la de mi tía.....

LIVIO.— (Sin poderse contener) Silencio Hugo, no te pongas en ridículo. (Dirigiéndose a Sevilla, con dignidad) Cumpla Ud. con su deber: mátenos; pero no abuse del ridículo miedo de un vencido.

ESCENA V

Los mismos y el Coronel López

LOPEZ.— (Entrando) Sargento Sevilla. (Cuando entra el Coronel se cuadran todos a excepción de Livio)

HUGO.— Mi Capitán, mi Coronel, mi General.

SEVILLA.— Mi Coronel, hemos tomado a estos prisioneros.

LOPEZ.— (Examinándolos con la vista) Bien, bien. Cuál es el Jefe?

LIVIO.— (Con dignidad) Yo.

SEVILLA.— Es un muchacho valiente; pero lo que es el otro es peor que mujer.

LOPEZ.— (Dirigiéndose a Livio) Sabe Ud. lo que le espera? No tiene miedo de la muerte?

LIVIO.— Soy joven: amo la vida; pero tengo el suficiente valor para morir dignamente.

LOPEZ.— Me agrada su modo de pensar; pero no hay tiempo que perder. Prepárese a morir Ud.. Toda resistencia es inútil.

HUGO.— (Suplicante) Oh, por favor mi Coronel, mi General, Ud. no hará eso....Pobre de mí.....

LIVIO.— (Avanza con dignidad y se coloca frente al Coronel) Puede Ud. ordenar.

LOPEZ.— (Dirigiéndose a su escolta) Atención, Fir! (La escolta se coloca en firmes y en actitud de disparar. Hugo se cubre la cara para no ver la ejecución.)

Apunten.....Alto. Un momento: me olvidaba. (Saca del bolsillo una cartera) Es necesario tomar nota del nombre y grado de todos los enemigos que caen. (Dirigiéndose a Livio) Cómo se llama Ud?

LIVIO.— Livio Falcony Ascázubi.

LOPEZ.— (Con sorpresa) Falcony Ascázubi?

LIVIO.— Sí.

LOPEZ.— (Saca del bolsillo un papel y lee) Livio Falcony Ascázubi. De dónde es Ud.?

LIVIO.— De Paute.

LOPEZ.— De Paute...Conoció allí a un señor Rubén López?

LIVIO.— (Haciendo esfuerzos por recordar) Ru-

bén....López....una vez encontré en el camino un anciano de ese nombre.

LOPEZ.— Hace qué tiempo?

LIVIO.— Hace....unos 10 años. El iba con un fardo; se lo ayudé.....

LOPEZ.— El mismo! Escuche Ud. (Lee la carta) Si alguna vez, por esas grandes coincidencias de la vida, se te presenta la oportunidad de ayudar a un muchacho de este pueblo, que responde al nombre de Livio Falcony Ascázu-bi, hazlo en nombre mío. (Dejando de leer) Ese anciano era mi padre. Queda Ud. en libertad! (Los de la escolta se miran sorprendidos.)

SEVILLA.— Qué coincidencia.

LIVIO.— (Fuera de sí) Pero será verdad?

GOMEZ.— Esta sí que es suerte!

LOPEZ.— Lo duda Ud.? Conozco la noble acción que Ud. hizo con mi padre.

LIVIO.— (Emocionado) Oh, gracias, gracias mi Coronel! (Con recelo) Si su bondad fuera tan grande que extendiera esta gracia también para mi hermano....

LOPEZ.— Concedido.

LIVIO.— Gracias!!

HUGO.— (Arrojándose a abrazar al Coronel) Oh gracias, gracias mi General: había de ser General.

LOPEZ.— (Sonriendo) Agradézcaselo Ud. a su hermano. Miren Uds. la semilla del bien, aun- que tarda a veces, pero fructifica siempre!

FIN

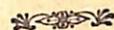


NOCHE DE REYES

DRAMA EN UN ACTO



PERSONAJES:



- Rosaura.....Madre de Ligia, de 40 años*
Ligia.....Costurera, de 18 años
Corina.....Hermana menor de Ligia, de 7 años
Lulú.....Hermana de Ligia, de 5 años
Bolivia.....Cliente de Ligia, de 20 años
Esperanza.....Cliente de Ligia, de 22 años
Victoria.....Campesina, de 40 años
Joseja.....Hija de Victoria, de 14 años
Milton.....Hermano de Ligia, de 8 años
Oswaldo.....Hermano de Ligia, de 6 años



ACTO UNICO

ESCENARIO: Un costurero pobremente amoblado: máquina de coser, una mesa de corte, una banca y algunas sillas.

ESCENA I

Ligia sola

LIGIA.— (Aparece cosiendo en la máquina; después de un momento de silencio se pone a cantar):

Era una noche de Reyes,
una noche de alegría,
cuando mi alma sollozaba
mientras la gente reía.

ESCENA II

Rosaura y Ligia

ROSAURA.— (Entra pobremente vestida y se acerca con mucho cariño a su hija) Hija mía, no debes atarte demasiado. Abusas de tu salud. Anoche no te has acostado ni un sólo momento: te amaneciste cosiendo de claro en claro.

LIGIA.— Pero no ve, mamacita, que son obras de compromiso?

ROSAURA.— Claro, que una vez que te has comprometido, debes terminar las obras; pero

por lo mismo que te gusta ser cumplida, no debes comprometerte sino con pocas....

LIGIA.— Ud. bien sabe mamá, lo poco que ganamos las costureras de la clase pobre. Las grandes modistas, las que cosen de la gente rica y noble, ellas si ganan bastante..... Si tuviéramos siquiera una pequeña entrada para la casa, no me atarearía como lo hago; pero somos tan pobres..... Ud. necesita tanto de mi ayuda y, pudiendo, ¿por qué no hacerlo?

ROSAURA.— No sabes cuánto sufro viéndote trabajar así, de día y de noche, sin embargo de tu corta edad, para ayudarme en el sostenimiento de tus pequeños hermanos. Pero no es justo que trabajes hasta la noche..... A ver, dame algo para ayudarte.

LIGIA.— (Entregando a su madre unos pedazos de tela) Ayúdeme estas costuritas que quedan mejor a la mano.

ROSAURA.— Quizás pueda hacerlas bien. He llo-
rado tanto que creo estoy perdiendo la vista.

LIGIA.— Estas noches he velado con un objeto especial y, como no quiero gastar de lo que gano diariamente para la casa, me veo en el caso de trabajar por las noches.

ROSAURA.— Dí, que me da gran curiosidad de conocer ese motivo.

LIGIA.— Sabe mamá, que para año nuevo quiero hacerme una batita de una vuelita de hilo, color azul, preciosa, que vi en "El Globo". Cuestaseis sures la vara. (Abre un figurín y le enseña a su madre) La voy a hacer de estemo-
de'o, ¿qué le parece? No es cierto que está lin-

da? Tengo una grande ilusión de estrenarme mi vestido en año nuevo.

ROSAURA.— (Mirando el figurín) Es muy justo tu deseo, hija mía. De veras que el modelo está sencillito y bonito. (Con tristeza) Si yo pudiera te vestiría en otra forma; pero bien sabes que no puedo ayudarte sino únicamente con mi buen deseo.

LIGIA.— Gracias, mamacita; pero esto no es motivo para causarle tristeza.....

ROSAURA.— ¡Ay Ligia mía!, es que pienso que a tu edad, en que debías estar amparada por tus padres, te desvelas trabajando, y haces tantos sacrificios para proveerme de lo más necesario.

ESCENA III

Las mismas y Esperanza

ESPERANZA.— (Entra lujosamente vestida) Buenas tardes.

ROSAURA.— (Levantándose) Venga, señorita Esperanza.

LIGIA.— Siga Esperanza, ahorita le estaba terminando su vestido.

ESPERANZA.— (Acercándose presurosa y mirando el vestido) A ver, a ver..... ¡Oh!, qué lindo me ha quedado. (Dirigiéndose a Rosaaura) Ligia cose ya muy bien.

ROSAURA.— Con mucho lucimiento sacó su grado de modista en la Escuela de Artes y Oficios; pero como la pobre no tiene facilidad pa-

ra poner un tallercito arreglado, le pagan una miseria; aun cuando su trabajo sea intachable.

ESPERANZA.— Me voy a medir la bata para ver qué me queda. (Entra a una recámara.)

LIGIA.— Póngase para ver si le encuentra algún defecto para componerla.

ESPERANZA.— (Después de un momento, sale de la recámara puesta la nueva bata) Ligia, todo está bueno; sólo le encuentro un defecto.

LIGIA.... (Mirando atentamente el vestido) ¿Cuál?

ESPERANZA.— Es que está muy floja aquí (Señalando las caderas) Esto debe ser, según la moda, ajustadísimo. ¿No es cierto señora? (Dirigiéndose a Rosaura.)

ROSAURA.— Ya que ha pedido mi parecer, le diré: Yo creo que todas las chiquillas, cuando se hacen un vestido, aun cuando sea de una tela sencilla, debe ser elegante, a la moda; pero siempre que ésta no sea contraria a la moral. Estar con un vestido fuera de moda, es muy feo; pero seguir las exageraciones de aquélla, es ridículo.

(De afuera gritan los niños: mamá, mamá.)
ROSAURA.— Ya voy. Me llaman los chicos. Con permiso. (Sale.)

ESCENA IV

Ligia y Esperanza

LIGIA.— Es verdad lo que dice mamá: siempre hay que procurar vestirse según las costum-

bres de la época; pero sin exageración. Este es el defecto de nosotras las mujeres: creemos que mientras más exageramos una moda, estamos mejor, llamamos la atención y llegamos al nomplus-ultra de la elegancia, por ridícula y absurda que una moda sea. Esto lo digo a Ud., por tener confianza de amigas, de antiguas condiscípulas; de lo contrario, yo hago los vestidos como me piden, Su vestido está un poco más ajustado de lo que debía ser; pero si Ud. desea que le estreche más, lo soltaré para meterle las costuras.

ESPERANZA.— Esta noche tengo una reunión y es necesario estrenarme el vestido. Después lo traeré para que me lo componga. Ahora arreglemos el precio.

LIGIA.— Como su vestido es de tela muy fina, daráme tres sures cincuenta centavos

ESPERANZA.— (Sorprendida) Tres cincuenta... ¿Qué le pasa, Ligia?

LIGIA.— Pero no vé Esperanza, que en los vestidos de tela fina hay mucho trabajo?

ESPERANZA.— Nó, Ligia, es imposible; yo no la he de pagar sino dos cincuenta. Ya ve, a la gente de pueblo hace Ud. vestidos por ocho y diez reales.

LIGIA.— Pero son telas de hilo, ordinarias, y, por lo mismo, el trabajo no es esmerado... Pero no discutamos: daráme lo que Ud. quiera.

ESPERANZA.— Bueno, pero me va a esperar unos ocho días, porque tengo que comprarme: guantes, medias, zapatos y tantas cosas....

ESCENA V

Las mismas y Bolivia

BOLIVIA.— (Entra con un traje muy elegante) ¿Se puede?

LIGIA.— Sí, señorita Bolivia.

BOLIVIA.— (Abrazando a Ligia) ¿Cómo está Ligia? (Dirigiéndose a Esperanza) ¡Hola!, Esperanza, tú también por aquí?

ESPERANZA.— Sí, vine a hacer coser un vestido. Este que estoy puesta. Mira, ¿qué te parece?

LIGIA.— Me perdonan un momentito. Voy a planchar su vestido, señorita Bolivia. Ya está terminado; sólo falta plancharlo. (Sale.)

ESCENA VI

Bolivia y Esperanza

BOLIVIA.— (Examinando el vestido de Esperanza) Regrésate para el otro lado. Está lindo, lindo, hija. Ligia cose admirablemente y es muy cumplida, que es lo más raro; porque, en realidad, casi todas las costureras son incumplidas.

ESPERANZA.— Cierto, las Salame que son las que más caro cobran aquí, entregan las obras a los dos o tres meses.

BOLIVIA.— No sólo las costureras...; es un defecto tan general entre nosotros, la falta de cumplimiento, que son verdaderamente excepcionales las personas cumplidas.

ESPERANZA.— Volviendo a Ligia, cose bien; pero es costurera de baja esfera; cobra tan barato.....por eso es rara la cliente decente como tú y yo: sólo cose de gente del pueblo o de campo.

BOLIVIA.— En verdad, que somos muy injustas; nosotras nos quejamos hasta por lo que nos cobran barato; y sin embargo, por barato que esa, regateamos de pagar y pedimos rebaja. ¿Cuánto te cobró Ligia por esa linda bata?

ESPERANZA.— Sólo cinco sucres. (Bajando la voz) Esto te aviso por si te quiera cobrar más por tu vestido. Pero yo no soy tonta para avisar esto a mis amigas para que se rían de mí. Qué idea van a formarse de un vestido cuya hechura cuesta apenas cinco sucres? Siempre que le hago coser a Ligia, digo que me han cosido la Salame que son las que más caro cobran aquí, o que he mandado a coser a Quito, y entonces, todo mundo admira la hechura y quiere hacer de ese modelo. Cuando me preguntan por el valor de la hechura, les digo que cuesta veinte, o cuando menos quince sucres.

BOLIVIA.— (Disgustada) Pero esto es una injusticia imperdonable. En primer lugar, explotamos el trabajo de Ligia pagándole menos, mucho menos de lo que vale; en segundo lugar, cubrimos con nuestra vanidad, los méritos y aptitudes de Ligia, impidiendo que sean conocidos y tengan la recompensa que merece. Lo que es yo, estoy dispuesta a hacer toda la propaganda que pueda a Ligia: haré conocer su habilidad y su cumplimiento. Tengo bastantes amigas; creo

que sí conseguiré mi objeto. aun cuando no sea inmediatamente. Tengo fe que después de poco, se abrirá Ligia un buen ambiente. Yo no la he conocido antes; de lo contrario, ya le habría hecho la propaganda.

ESPERANZA.— Pero Ligia misma tiene la culpa: ¿Por qué cobra tan barato, para que así, se le cargue únicamente la gente plebeya?

BOLIVIA.— Yo creo que la causa para que Ligia no haya llegado a conseguir un ambiente mejor dentro de su profesión, no está en que cobre barato, porque esto nos gusta a todas; especialmente a las que se dan de nobles y ricas; la causa está en que como es tan pobre, no ha podido arreglar un tallercito ni siquiera con comodidad, menos con lujo, que es lo que nos encanta y nos atrae casi a todas las mujeres. En un taller lujoso, no regateamos en pagar el cuádruplo o el quíntuplo de lo que nos cuesta en un taller modesto, aunque muchas veces, aquí se confeccionan mejor los vestidos; sólo para tener el orgullo de decir: es cosido en el mejor taller. Fuera de los méritos profesionales, Ligia, tiene otros personales, muy singulares, pue yo admiro sobremanera: ella se desvela y se sacrifica para ayudar al sostenimiento de su madre y de sus hermanos menores.

ESPERANZA.— Por eso será que la pobre Ligia es de tan mala facha. Este es otro motivo para que no tenga buena clientela....

BOLIVIA.— (Interrumpiéndola) Qué preferirías tú: estar bien vestida, con elegancia, con lujo y que tu madre y tus hermanos mueran de ham-

bre o vestir humildemente y darles lo necesario.

ESPERANZA.— Ambos casos son muy graves; pero felizmente, dispongo de bastantes comodidades y creo que no me veré en ese duro dilema. ¿Qué será del padre de Ligia? He sabido que es un comerciante bastante acomodado.

BOLIVIA.— Ese es un hombre indigno y sin conciencia. Cuando era pobre, cuando era un simple artesano, cuando necesitaba que su mujer le ayude a trabajar, entonces, vivía con su familia; pero apenas consiguió dinero y ocupó un puesto mejor en la sociedad, ya se creyó superior a su familia y abandonó su hogar, sin mirar que sus hijos, tiernos aún, con su madre, sin medios de trabajo, quedaban sumidos en la miseria y la indigencia. Cuántos sacrificios habrá hecho esta pobre madre para sostener a su familia.

¡Oh!, los lamentos y sollozos de esos pequeños que mueren de hambre por culpa del abandono del padre que les dió el sér, deberían repercutir eternamente en la conciencia de esos hombres desalmados. Es muy justo que todos aspiren, que todos luchen por alcanzar una mejor vida económica y social; pero una vez alcanzadas, jamás deben olvidar a sus compañeros de clase, menos, mucho menos, a su familia, para quien debe buscarse toda prosperidad y holgura.

ESCENA VII

Las mismas y Rosaura

ROSAURA.— (Entrando) Dice Ligia tenga paciencia un momentito más, señorita Bolivia, que ya mismo termina de planchar su vestido.

BOLIVIA.— Que no se preocupe; no tengo mucha urgencia.

ESPERANZA.— (Levantándose) Yo me voy, ya es tarde. (Dirigiéndose a Rosaura) Me Hace el favor de despedirme de Ligia (Abrazando a Bolivia) Hasta luego. (Sale.)

ESCENA VIII

Bolivia y Rosaura

BOLIVIA.— ¿Qué tiene Ligia?; la veo muy pálida y con ojeras.....

ROSAURA.— Es que estas noches, ha velado mucho la pobrecita.... ¡Oh!, si no fuera por ella, ¿qué sería de mis pobres pequeñuelos? Señorita Bolivia, estos hombres que abandonan por espíritu mundano sus hogares, si volvieran la vista, si contemplaran por un momento el cuadro de desolación que ofrecen estos pobres pequeñuelos abandonados, quizá se conmovieran.

BOLIVIA.— Pero no le siguió Ud. a su esposo, juicio de alimentos? Sé que él tiene bastante dinero.

ROSAURA.— Sí, sé que tiene bastante pero como no es empleado público, ni posee bienes raíces,

ces, escondió el dinero y hace aparecer como que no tiene nada.

BOLIVIA.— ¡Qué horror! Y que las leyes y la sociedad dejen impunes estos crímenes horrendos! Y pensar que hay tantos hogares en iguales circunstancias; tantas familias que, hundidas en el dolor y la miseria, yacen por el abandono inmisericorde de unos hombres malvados que las formaron.

ESCENA IX

Las mismas y Ligia

LIGIA.— (Entra con un vestido en la mano) Excuse que la haya hecho esperar tanto, señorita Bolivia.

BOLIVIA.— No se preocupe Ud. Ligia.

LIGIA.— Aquí tiene Ud. el vestido; quizá esté a su gusto. (Entregándolo.)

BOLIVIA.— (Examinando el vestido) ¡Está lindo! Ud. tiene un gusto refinado para la costura.

LIGIA.— Ojalá le contente.

ROSAURA.— (Con satisfacción) De veras, que ha quedado muy bonito el vestido.

BOLIVIA.— ¿Cuál es el valor de su trabajo?

LIGIA.— Tres cincuenta.

BOLIVIA.— ¿Pero por qué cobra Ud. tan barato? Si Ud. cose mejor que cualquiera modista de las que cobran diez y doce suaves por un vestido.

ROSAURA.— Y que hace la pobre: si quiere co-

brar algo más, no tiene obras; porque creen que las pobres tenemos obligación de servir de valde a las personas ricas. De allí que Ligia cose mas bien de la gente del pueblo.

BOLIVIA.— (Dirigiéndose a Ligia) Yo le voy a pagar cinco sures por el vestido; advirtiéndose que cuesta más.

LIGIA.— (Recibiendo el billete) Muchas gracias, señorita Bolivia.

BOLIVIA.— Ojalá pueda, como deseo, hacer una buena propaganda de su trabajo para que Ud. alcance una mejor clientela.

ROSAURA.— Ay, cuánto le agradecemos, señorita Bolivia: qué todas las personas fueran como Ud.....

BOLIVIA.— No hablemos más de esto. Pronto vendré trayéndole bastantes clientes que pagarán el trabajo de Ligia en lo que vale. Ahora me voy. Tengo una ocupación. Hasta luego. (Sale.)

ESCENA X

Rosaura y Ligia

LIGIA.— (Muy contenta) ¡Oh!, parece mentira que me hayan pagado cinco sures por un vestido. Con esto ya tengo diez sures para mi vestido de Año Nuevo. Ya vé, mamá, como he reunido sin quitarle ni un centavo de lo que siempre le he dado para los gastos de la casa.

ROSAURA.— Sí, pero yo hubiese preferido que

me quites algo de lo de la comida, y no te pases trabajando por las noches.

LIGIA.— Ud. es muy aprensible mamá; si yo estoy bien, muy bien. (En son de broma) Ya verá de guapa que quedo con mi vestido azul de año nuevo.

ROSAURA.— (Acariciando a su hija, sonreída) Presumida.

ESCENA XI

Rosaura, Ligia, Corina, Lulú, Oswaldo y Milton

(Se oye afuera gran bulla, gritos y alborotos.)

ROSAURA.— (Saliendo hasta la puerta) Chicos, qué es la bulla que meten?: ya van a botar la casa.

CORINA.— (Asomándose a la puerta) Es que Milton no nos deja jugar.

MILTON.— (Entra llevando de las manos a sus dos hermanas) Es que las vengo trayendo a estas señoritas para que me las pongan a coser.

LIGIA.— Cierto es. Ven Corina, a coser siquiera un ratito. (Le entrega una tela.)

OSWALDO.— (Contento) Eso es; así deben estar las mujeres sentadas, cosiendo. (Hace ademán de salir)

ROSAURA.... ¿Dónde van, Uds.?, también vengán a leer. (Entrega dos libros: uno a Milton y otro a Oswaldo.)

MILTON.— Pero si ahora es Noche Buena.

CORINA.— Pero si todavía no es de noche, doc-

torcitos. (Burlándose) Sigán no más leyendo.

OSWALDO.— En las Noches Buenas, los hombres es de pasearse.

CORINA.— ¿Y las mujeres?

OSWALDO.— Las mujeres, de coser.

CORINA.— Claro, cada uno tira para su lado. (Los cuatro niños cosen y leen, respectivamente, un rato, en silencio)

CORINA.— Ay Ligia, que las manos se me amortiguan de tanto coser.

MILTON.— A nosotros también se nos amortiguan los ojos de tanto leer; pero no decimos nada.

LIGIA.— Cualquier malestar que se siente o se cree sentir durante el trabajo, casi siempre, no es sino manifestación de pereza: la prueba está en que cuando se hace un trabajo con gusto y alegría, no se siente ningún malestar.

CORINA.— Cierto es; debemos aplicarnos y aprender a trabajar para ayudar a mamá como lo hace Ligia.

MILTON.— (Burlándose) Ojalá te duren esos propósitos.

CORINA.— Ya verás como no vuelvo a quejarme hasta terminar de coser.

MILTON.— (Burlándose) Ojalá no se te vuelvan a amortiguar las manos.

LIGIA.— Lean calladitos; todo trabajo que se hace sin atención sale mal.

OSWALDO.— Mira Ligia, ya vamos a leer calladitos; pero luego nos mandarás a jugar.

LIGIA.— Bueno, siempre que se porten bien.

LULU.— A ver, a ver, Ligia, préstame una agu-

ja y un dedal que voy a coser la ropa para esperarle a mi muñeca que va a llegar hoy, por Navidad. (Dirigiéndose a sus hermanos) Es una linda, Uds. la vieran... tiene unos ojos..., un pelito..., una boquita....

OSWALDO.— (Riendo) Pero, ¿en dónde está que no la vemos?

LULU.— Está en "El Globo": vino desde Quito. (Todos ríen alegremente.)

CORINA.— Ay, yo también he soñado anoche en una linda muñequita rubia.

MILTON.— (Burlándose) También ha de estar en "El Globo". Para eso yo también tengo primores en "El Globo": tengo cortes de casimir, sombreros, zapatos, juguetes, todo, todo lo que hay en "El Globo". Ya que, según Uds., todo lo de "El Globo" es nuestro.

LULU.— Dane un trapito Ligia, que voy a hacer un vestido a la moda. Préstame una aguja.

LIGIA.— Ya me has botado un mundo de agujas; ahora sí que no tengo ni una para prestarte.

LULU.— Saca aun cuando sea la aguja de la máquina y préstame.

CORINA.— No seas tontita; acaso se puede coser a la mano con aguja de máquina.

LULU.— ¿Cómo la máquina cose?

ROSAURA.— (Levantándose) Ya es tarde. Me voy a preparar la merienda.

MILTON.— Mamá, dígale a Ligia que nos mande a jugar. Hoy es Navidad y no debe tenernos trabajando.

ROSAURA.— Cierto es Ligia, déjalos no más que vayan a jugar.

LIGIA.— Bueno, que se vayan; pero que vuelvan a hacer bulla.

(Sale Rosaura y sus cuatro hijos.)

ESCENA XII

Ligia Victoria y Josefa

VICTORIA.— (Entra vestida como mujer de pueblo, con su hija Josefa.) Buenas tardes, señora.

JOSEFA.— (Al mismo tiempo) Buenas tardes.

LIGIA.— Vengan, tomen asiento.

VICTORIA.— Aquí estamos viniendo a ver si nos da cosiendo unos trastecitos.

LIGIA.— ¿Para cuándo quieren?

VICTORIA.— Para el Año Nuevo, señora, siempre acostumbro a hacerme mi postura y lo mismo a la chiquilla. No ve que cuando uno no se estrena en año nuevo, no se puede estrenar durante todo el año.

LIGIA.— (Riendo) ¿Será cierto eso?

VICTORIA.— Cierto, señora. Los dichos de los mayores son los buenos; los dichos de hora no vale de nada.

LIGIA.— (Dirigiéndose a Josefa) ¿Cómo te llamas?

VICTORIA.— (Sin dar tiempo a Josefa para contestar) Josefita Changuán se llama, señora.

LIGIA.— ¿Ya estás en la Escuela?

JOSEFA.— Ya señorita, ya estoy tres años.

VICTORIA.— Ya estuvo tres años; pero no la voy a poner más, porque la letra me le sienta mal.

LIGIA.— (Riendo) ¿Cómo es eso?

VICTORIA.— Siempre que va a la escuela se me enferma: será que la letra le sienta mal o serán esas *girmiasias* que les hacen.

LIGIA.— No es ni lo uno ni lo otro. Lo que pasa es que algunos niños son muy alimentados, y claro que con el trabajo intelectual, vienen a sentir más la falta del vigor que no poseen. En cuanto a la Gimnasia, en lugar de hacerles daño, es un medio para fortalecer el organismo. Procure alimentarla bien a su hija y póngalan no más a la escuela: más tarde ella sabrá agradecerle.

VICTORIA.— Mejor es el oficio... Como dice, "El oficio es padre y madre". Doctora no ha de ser la *huombra Nlay* no ve Ud., buena plata ha de ganar con su oficio.

LIGIA.— Claro que es muy bueno aprender un oficio; pero toda persona, en cualquier oficio, por insignificante que sea, necesita tener siquiera una pequeña cultura general para saber conducirse bien, tanto dentro de su profesión, como dentro de su vida particular y social.

VICTORIA.— Así ha de ser señora. (Entregando una tela a Ligia) *Alaquí*, señora, ésta es la telita para que me la haga la batita; pero de esas quimonitas; no me le hará de esas envueltas... Ay, tan *fiero* que les queda. Tan caras que son ahora estas telas; pero al fin, esto no es muy necesario, lo que es la comida que tam-

bién está por las nubes, eso sí que no se puede esperar, porque el estómago no oye razones.

LIGIA.— Bata quimona dice?

VICTORIA.— Si señora, de esas anchitas, bien anchitas, aunque entre bastante tela.

LIGIA.— Ni tanto ni tampoco. Muy ancha también es feo.

VICTORIA.— Tantas modas que han salido ahora. Como en mi tiempo no era así. Ahora no más tanta cosa: que los vestidos envueltos; que las cabezas peladas; que los ojos neto dado golpes; que la boca neto hechado achiote; ay. lo *pior*, las uñas largas como el gavilán. ¡Ave María Purísima!, que ya está cerca el juicio!

LIGIA.— (Riendo) No hay que asustarse tanto, señora. Le vamos a hacer la batita bien holgada; siempre las batitas al cuerpo, arman mejor que las muy anchas. (Dirigiéndose a Josefa) A ti ¿cómo te gusta que te haga el vestido?

JOSEFA.— (Recelosa) A mí me gusta ajustadito...; pero como mamita no quiere...

LIGIA.— (Dirigiéndose aparte a Josefa) No tengas cuidado, yo te arreglaré el vestido de modo que te guste a ti y le contente también a tu mamá. Ven, que voy a tomarte las medidas. (Toma algunas medidas y va apuntando en un cuaderno.)

VICTORIA.— (Al mismo tiempo que Ligia toma las medidas) Más anchito, señora, más anchito.

JOSEFA.— (En voz baja y suplicante) Más angostito, más angostito.

LIGIA.— Vamos a hacer en un término medio. (Toma la medida del largo del vestido.)

VICTORIA.— Más larguito, más larguito, señora.

JOSEFA.— (Por lo bajo) Más altito, más altito.

LIGIA.— Vamos a hacerlo, ni muy alto ni muy bajo.

JOSEFA.— No ve mamita, que entre más baja entra más tela: ya ve de caras que están las telas.

VICTORIA.— Eso sí también es cierto. Mas en este tiempo tan colamitoso que todo es impuestos. Cierto será, señora, Uds que son leídas y leen esos periódicos; dizque dicen allí que van a cobrar impuestos hasta para hablar. Así estaban hablando: que después de poco, *tenimos* que andar con la boca cerrada, porque van a cobrar impuesto: cuartillo por cada palabra. Yo dije en re mí: callada he de andar y no les he dar gusto de pagarles el impuesto. Hablar no es tan necesario como comer. ¿No le parece señora?

LIGIA.— (Riendo) Así es.

VICTORIA.— Calle no más señora, como dicen, el pobre es el que paga el pato de todo. Pero hasta dónde ha de llegar. Un pobre tanto andar consigue el *recetica* del *doctor*, y sábelo Dios cuanto se sufre para conseguir con qué hacerla preparar; ya ve Ud. en las Boticas tan caro que cobran y todavía, que pongan en la receta el timbre patriótico. ¡Ave María!, que todo es timbre patriótico. Tan caro que cuesta ser patrio-

ta en este tiempo: yo renuncio de ser *patriótica*. Antes como no era así: no había tantos males, ni tantos remedios, ni tantos timbres. Si le dolía a uno el estómago, se tomaba su agüita de manzanilla o de mejorana y ya estaba; pero ahora, mejor hay que estarse calladita con su dolor, porque donde avisa que le duele algo, ya le cobran el timbre *patriótico*. Y tantos dolores que han aparecido y tan raros: que lumbago, que dolores *hepáticos*, que gatos *enteritos*, con uniforme que *nefritos* y ni sé que tantas cosas... Así fué el otro día que se me enfermó la chiquilla, me fuí *onde* un *dotor* con la Josefita; me la examinó y dijo que tiene, (dirigiéndose a Josefa) ¿Cómo es chiquilla?, vos te has de acordar.

JOSEFA.— Gastritis.

VICTORIA.— Eso es, *Gastritis*; pero yo me quedé en ayunas. Yo le dije: pero *doto cito*, pero Dios, avisemé por *onde* es ese *Gastritis*; pero como los *doctores* son tan *aformalados*, no me hizo caso. Cuando ya se fué el *dotor* le dije a la chiquilla: pero chiquilla, avisa por *onde* te duele, para no hacerte los remedios a ciegas; pero *onde* es e e *Gastritis* que dice el *dotor*... Y supóngase Ud. para no más de decir el estómago. Yo le hice una agua con toda yerba fresca: el escancel, la linaza tostada y ya estuvo. Ahora si ya hemos conversado bastante. Arreglemos el precio de le batita. ¿Cuánto me va a llevar?

LIGIA.— Daráme uno cincuenta.

VICTORIA.— Cómo ha de pedir tanto señora.

el sucecito le hemos de dar.

LIGIA.— Bueno.

JOSEFA.— ¿Cuándo he de venir a llevarlo?

LIGIA.— Pasado mañana.

VICTORIA.— (Levantándose) Ahora sí vámonos, chiquilla, ya se nos hace tarde. Hasta luego señora. (Dirigiéndose a Ligia.)

LIGIA.— Que les vaya bien.

JOSEFA.— (Se acerca a Ligia y le dice muy bajito) No se olvidará: ajustadito y altito. (Salen Victoria y Josefa.)

ESCENA XIII

Ligia, Corina, Lulú, Oswaldo y Milton

(Entran los niños metiendo gran bulla.)

LULU.— (Enseñando a Ligia una bata de muñeca) Mira Ligia, ya está cosida la bata para la muñequita que me traerán los Reyes Magos. ¡Oh!, qué linda quedará mi muñequita rubia con esta bata a la moda.

CORINA.— Mi bata está también ya hecha: es más grandecita; pero claro como soy mayor de Lulú, mi muñeca tiene que ser más grande.

OSWALDO.— (Está cosiendo un zapato viejo.) Ay.....

LIGIA.— Y tú Oswaldo, en qué te ocupas?

OSWALDO.— Estoy cosiendo mi zapato.

LIGIA.— ¿Para qué?

OSWALDO.— Dicen que siempre los Reyes Magos, ponen los regalos de Noche Buena en los zapatos. Los míos están muy viejos y puede

ser que, viéndolos tan rotos, teman los Reyes Magos que se salgan los juguetes por los agujeros y no pongan nada.

LIGIA.— (Riendo) Qué precavido eres.

LULU.— (Llorando) Ay, entonces a mí no van a ponerme nada los Reyes Magos.

LIGIA.— (Acariciando a Lulú) Por qué nenita?

LULU.— No ves que no tengo zapatos...., en qué la van a meter a mi muñequita rubia? (Lamentando) ¡Ay mi muñequita rubia! ¡Ay mi muñequita rubia!, cómo se quedará en "El Globo" para toda la vida, muertita de frío, sin quien la coja en sus brazos.

LIGIA.— (Conmovida) Calla, calla chiquitina, yo te prestaré mis zapatos.

CORINA.— Y crees que los Reyes Magos son tan tontos para no conocer. Si pone Lulú tus zapatos, pondrán allí hilos y agujas para que cosas tú.

LULU.— (Sin dejar de llorar) ¡Ay mi muñequita rubia!, cómo se va a quedar hecha la batita de moda.

MILTON.— Ya ven, yo no tengo zapatos y no estoy llorando.

CORINA.— Vamos a buscar, acá en una canastita hay bastantes zapatos viejos que dizque han sido de papá. Esos son más grandes y caben más.

OSWALDO.— (Llorando) Ay, que ya me piqué y no puedo coser los zapatos; no quiere pasar la aguja. Me quedaré sin el rondín que le pedí anoche al Niño Jesús

LIGIA.— Cálmense, no lloren. Ya voy a dar-

les unas dos cajitas de cartón que tengo aquí: una para Oswaldo y otra para Lulú. Estas cajitas pondrán junto a la puerta para que allí les pongan los Reyes Magos los regalos, en vez de poner en los zapatos. (Saca unas dos cajas de cartón y les entrega.)

CORINA.— Y tú Milton, ¿qué piensas hacer? Si quieres, yo te presto uno de mis zapatos.

MILTON.— Lo que es yo, pondré un zapato de papá; si me resulta bien, y si no, qué vamos a hacer. Si pongo tu zapato, (Dirigiéndose a Corina) de seguro que los Reyes Magos me salen poniendo una muñeca.

LULU.— (Muy contenta) Vamos, vamos Oswaldo, a adornar las cajitas con flores para que a los Reyes Magos les agrade.

TODOS.— Vamos, vamos. (Salen todos menos Ligia.)

ESCENA XIV

Ligia sola

LIGIA.— (Enjugándose las lágrimas) ¡Pobres chicos! He tenido que hacer un esfuerzo supremo para contener las lágrimas que me ahogaban. Ellas también, soñando como yo, en la muñeca rubia que no llegó jamás. (Paseándose nerviosa) Triste desilusión es soñar en los Reyes Magos; sentir las pisadas de los camellos que conducen los anhelados juguetes, y, al despertar, en vez de ansiados Reyes, ver que se presenta el fantasma negro de la miseria y la in-

digencia, que nos trae, en vez de juguetes, angustias y dolores.. Qué triste decepción es dejar los zapatitos viejos tras la puerta para que los Reyes Magos depositen en aquéllos sus regalos; correr palpitantes al sitio anhelado, y encontrarse con los zapatos vacíos.

¡Oh!, qué negros recuerdos traen a mi mente estas noches, estas noches amargas que las llaman Noches Buenas! (Reaccionando) Pero ahora, no se trata de mí. Ya el afán de juguetes ha pasado; soy ya una señorita. Se trata de ellos, de esas pobres criaturillas inocentes que, cándidamente, esperan a aquellos Reyes Magos; a aquellos Reyes Magos que representan a los padres buenos, a los padres amantes.....; pero para nosotros, los hijos abandonados, para quienes nuestro padre no tuvo jamás una caricia de amor, ni siquiera un recuerdo. ¿Qué podemos esperar de aquellos Reyes Magos?.... (Reflexionando) Pero será posible que aquella chiquitina, la pobre Lulú, que recién está abriendo sus ojitos a la vida, reciba ya la negra decepción de que los Reyes Magos no han traído nada, nada para ella! (Con indecisión) Si le comprara la muñequita rubia con que sueña.....; pero....y los demás? Oh nó, sería más doloroso. Y la pobre Corina, y Oswaldo, el pobre ratoncito, como le dice Lulú, que ha pasado todo el día cosiendo su zapatito; y Milton, el Filósofo, que ya sospecha de la triste realidad de nuestra existencia, que ya analiza nuestra situación, que sufre y calla....A ver, tengo diez sucres: cinco que me pagó la señorita Bo-

livia y cinco que tenía guardados....Tengo diez sucres para mi vestido de Año Nuevo, para mi vestido azul, con el que he soñado tantas veces; para mi vestido de vuelos....Y si en lugar de comprarme el vestido, comprara juguetes y dulces para los chiquitines.....(Vacilando) En verdad, que es una ilusión mi bata azul; una ilusión que la he venido acariciando tanto tiempo, y que me ha costado desvelos y sacrificios para conseguir el dinero que ha de realizarla....Oh, en verdad que sería muy feliz si pudiera estrenarme vi vestido azul....Sí, todo esto es verdad....; pero este placer es para mí, y sólo para mí; mientras que si compro los juguetes, habré dado felicidad a cuatro, a cuatro chiquitines inocentes y buenos. ¿Qué digo a cuatro? y mi madre? Para ella más que para nadie, será la felicidad. Porque, por más que quiere ocultarme, hoy ella ha sufrido y ha llorado todo el día, a escondidas, viendo los afanes de los chiquitines. ¡Oh!, que gusto tendrá mi madre cuando vea los juguetes! Y para mí, para mí también, acaso no es una felicidad y una inmensa felicidad; acaso no voy a gozar yo también con todos y cada uno de los chiquitines? Hoy voy a reparar toda la amargura que me causó la ingratitud de los Magos de Nochebuena. Tengo diez sucres. A ver, hagamos las cuentas: para Lulú, una muñequita; la muñequita rubia con que sueña. En "El Globo" hay unas muñequitas con cara de marfil y el cuerpo de no sé qué material; creo cuestan dos cincuenta. Para Corina, una de a tres sucres; son cin-

co cincuenta. Para Oswaldo, un rondín: uno cincuenta; son siete sueres. Para Milton, una pelota, dos sueres; son nueve sueres y queda un suere para confites. (Con alegría) ¡Oh!, qué feliz me siento. No sé cómo he podido estar indecisa. Pero voy a darle una sorpresa a mamá; no le voy a contar nada de mi proyecto; le diré que voy a la calle a comprar una tela para adorno. (Sale)

ESCENA XV

Corina, Lulú, Oswaldo y Milton

OSWALDO.— Ligia, Ligia ¿Dónde colocamos las cajas?

MILTON.— Coloquen allí, detrás de la puerta.

LULU.— Cierto, pondrás a la vista; no sea que los Magos no los vean y se regresen con los juguetes.

MILTON.— Sí, porque a veces creo que se hacen los que no ven. Así fué el año pasado; se hicieron los gringos los tales Reyes Magos y no dieron nada.

CORINA.— Qué horror, cómo les dice a los Reyes benditos. Calla, no seas hablador; por tu culpa los Reyes Magos no nos quieren dar nada.

LULU.— (Llora y zapatea) Nó, no quiero allí; mi caja está muy atrás; no van a ver los Reyes Magos: está muy atrás.

OSWALDO.— (Colocando la caja de Lulú adelante) No lllore Lulú, ya se la puse adelante.

CORINA.— (Acariciando a Lulú) Calle, calle mi hijita, a las dos nos quieren más los Reyes Magos y nos han de traer unas muñequitas lindas.

ESCENA XVI

Los mismos y Rosaura

ROSAURA.— (Entrando) ¿Qué pasa, por qué le hacen llorar a la nena?

MILTON.— Es que estamos acomodando para que los Reyes Magos vengan a poner los regalos y Lulú quiere que le coloquen la caja de ella adelante.

ROSAURA.— Bueno, colóquenle donde ella quiera; hay que dar gusto a los hermanos menores. (Dirigiéndose a Lulú, la coge de la mano) Vamos, vamos mi nenita. (La toma entre sus brazos y se sienta en el bancón.)

CORINA.— (Sentándose junto a su madre) Mamacita, ¿vendrán los Magos esta noche?

(Milton y Oswaldo se acercan también a Rosaura y se sientan junto a ella.)

OSWALDO.— Dí mamacita, vendrán los Magos?

ROSAURA.— (Con turbación) Si no llueve, creo que si vendrán.

MILTON.— Eso ya sería una burla de los Reyes Magos. Porque cada año pasa lo mismo: nos desvelamos, ponemos los zapatos y nada, nada....

CORINA.— Y eso que allí eran zapatos de los legítimos y no cajas como ahora.

ROSAURA.— (Con tristeza) Lo que es ahora, creo que si vendrán, aun cuando sea a ponerles caramelos.

LULU.— ¡Oh!, y mi muñequita rubia?, ella sí vendrá, se vendrá ella misma, caminando con sus propios pies; aunque no la traigan los Reyes Magos.

ROSAURA.— (Estrechándola en sus brazos) Si mi hijita, si ve drán.

MILTON.— Vamos, vamos no más a dormir, mientras vienen los Reyes, porque cuando se los está viendo no se asoman.

OSWALDO.— (Con entusiasmo) Vamos, vamos. (Salen todos menos Rosaura y Lulú.)

ESCENA XVII

Rosaura y Lulú

(Durante esta escena, se procurará enfocar la luz en el lugar donde se hallan Rosaura y Lulú.)

LULU.— (Abrazándose del cuello de su madre) Lo que es yo me he de ir a acostar junto con Ud.

ROSAURA.— Bueno, pero duérmase, mi hijita, porque si está despierta, no vendrán los Reyes.

LULU.— Mamá, ¿traerán la muñequita rubia?

ROSAURA.— Aunque no te traigan la muñequita rubia, te traerán una muñequita, aunque sea pequeña. (Mostrando el tamaño de un medio decímetro.)

LULU.— Nó, yo no quiero una muñeca recién

nacida; quiero una muñequita rubia, grandecita, que se la pueda mecer en los brazos. No dicen que las niñas recién nacidas son molestosas?

ROSAURA.— Sí, te traerán la muñequita, pero duérmete, duérmete ya.

LULU.— Antes cuénteme de los Reyes Magos, de esos... *armellos*... ¿Cómo se llaman esos animalotes en que vienen montados los Reyes?

ROSAURA.— Se llaman camellos.

LULU.— Cuénteme mamá cómo son esos Reyes Magos.

ROSAURA.— (Acomodando a la niña para que se duerma) Son tres los Reyes Magos que vienen a visitar a los niños en la Noche Buena: el uno es blanco y rubio, con ojos grandes y azules....

LULU.— ¡Oh!, entonces es como mi muñequita.

ROSAURA.— El otro es negro....

LULU.— (Acurrucándose temerosa) ¡Ay!, qué miedo; no me gustan los Reyes negros. ¿Serán como esos negros del Chota?

ROSAURA.— Sí, el otro es indio....

LULU.— Entonces será como Oswaldo.

ROSAURA.— (Sonriéndose) Por qué?

LULU.— Porque Corina, cuando Oswaldo le hace tener cólera le dice indio.

ROSAURA.— Estos Reyes vienen vestidos de seda, y con unas coronas de oro; vienen montados en hermosos camellos y traen (Con indecisión) Bueno a veces traen juguetes y otras.... y otras veces no traen nada.

LULU.— (Semi-dormida) Nad....da....

ROSAURA.— (Mirando a la niña con tristeza) Se ha dormido. ¡Pobre ángel mío! (Ay un momento de silencio. Afuera se oye música, gritos y algazara) ¡Noche Buena! Noche Buena, que te burlas de las quejas del que sufre, que te ríes de las lágrimas del pobre; con qué tétricos gemidos repercuten en mi alma tus alegres carcajadas.....

LULU.— (Soñando) ¡Oh Rey Blanco! (Extendiendo las manos) Ya me traes a mi linda muñequita. (Haciendo ademán de estrecharle en sus brazos) ¡Oh qué lindos son tus ojos!, muñequita!

ROSAURA.— (Con tristeza) Reyes Magos, Reyes Magos. (Con desesperación) ¡Oh fantasmas usorios de los niños indigentes, de los niños de dichados! ¿Por qué perturbáis su sueño con engañosas promesas? Reyes Magos, oh fantasmas de las madres miserables, id donde los niños ricos que allá llevaréis repletas de juguetes las alforjas; dejad a los niños pobres que duerman tranquilamente el sueño de su inocencia.

LULU.— (Sin despertarse) ¡Oh mi linda muñequita!

ROSAURA.— (Estrechándola) ¡Pobre prenda de mi amor! Si pudiera dar mi vida por esa muñeca rubia con que sueñas, la daría. ¡Oh!, cuando pienso que tu alegre despertar, que el despertar tan ufano de aquellos otros pedazos de mi sér, se trocará en amargura al encontrar los zapatitos vacíos.... (Llorando) Cuando pienso que el padre que les dió el sér pudiera darles no

sólo juguetes, sino una vida de comodidad y holgura, y que no les da porque no los quiere.... (Enjugándose rápidamente las lágrimas) Pero ya viene Ligia, la pobrecita se apenará más, si ve que estoy llorando. (Sale.)

ESCENA XVIII

Ligia sola

LIGIA.— (Entra muy contenta trayendo un paquete) Ahora sí que no se burlarán de los chiquitines los Reyes magos. ¡Oh!, qué alegres se pondrán y qué alegre se pondrá mamá. (Abre el paquete y saca una muñeca) Qué linda es: igualita a la que ha soñado Lulú. (Saca otra del paquete) Y la otra? no se queda atrás. (Saca un rondín) Esto también es un regalo muy bonito. (Saca una pelota) Con esta pelota qué contento se va a poner Milton. Y estos confites para mamá y para los chiquitines. Le pondremos a mamá un sucre en medio de estos confites, pues que me rebajaron de las muñecas. Le diré a mamá que también han traído regalos para ella los Reyes Magos. (Acomoda todo en las cajas y en los zapatos que están detrás de la puerta; luego se inclina y mira hacia el dormitorio) Ya todos los chiquitines están durmiendo; sólo mamá vela junto a Lulú. Está muy triste, parece que ha llorado. Oh, yo no espero hasta que se despierten. Quiero ver ya mismo qué hacen los chiquitines al encontrar los juguetes. Pobrecitos; jamás tuvieron na-

da. El año pasado yo no ganaba todavía. ¿Qué hago?, cómo les despierto? (Reflexionando) Ya, ya (Coge el rondín, toca con fuerza y se queda escuchando) Nó, no se despiertan. (Toca otra vez con más fuerza; afuera se oye ruido) Ya!, ya, ya oyeron, ya se levantan.

(Deja el rondín y va a esconderse rápidamente.)

ESCENA XIX

Corina, Lulú, Oswaldo y Milton

(Llegan los niños soñolientos y locos de alegría.)

CORINA.— (Coge la muñeca y exclama fuera de sí) ¡Ay mi muñequita! miren, miren, qué linda es.

LULU.— (Sin despertarse todavía muy bien) Y mi muñequita rubia, dónde está?

MILTON.— Toma, toma Lulú.

LULU.— (Abrazándola con frenesí) Ya ven, lo que yo les decía: tiene ojitos rubios y pelito azul.

OSWALDO.— (Tocando el rondín) Oigan, que mi juguete es el mejor; Las muñecas de Uds. no suenan así.

MILTON.— (Con satisfacción) ¿Y qué dicen de mi regalo?

TODOS.— ¡Oh, qué lindo!

ESCENA XX

Los mismos, Rosaura y Ligia

ROSAURA.— (Entra y se queda estática de admiración) Pero...., no estaré soñando? (Restregándose los ojos) ¿Será verdad?, habrá milagros?

TODOS.— (Con alegría y al mismo tiempo) ¡Mire, mire mamá!

ROSAURA.— (Conmovida) ¡Oh!, es Ligia, Ligia, pobre ángel mío!

LIGIA.— (Aparece haciendo señas a su madre) Calle mamá.

ROSAURA.— (Abrazando a Ligia con frenesí) ¡Ligia!, qué buena eres.

TODOS.— ¡Mira Ligia! (Mostrándole los juguetes.)

LIGIA.— Calle mamá, qué no soy yo, son los Reyes Magos.

LULU.— Sí son los Reyes Magos. (Dirigiéndose a Corina) Vamos vamos a acostarnos con las muñequitas. (Dirigiéndose a Oswaldo) Ya ves, tu rondín suena, pero no sirve para acostarse con él como con las muñequitas.

TODOS.— ¡Vamos!, vamos! (Salen muy contentos.)

ESCENA XXI

Rosaura y Ligia

ROSAURA.— (Abrazando a Ligia) Pero, ¿de dónde

de has comprado tantas cosas?

LIGIA.— Con el dinero de mi bata azul.

ROSAURA.— (Abrazándola) ¡Pobrecita mía!

LIGIA.— Pero mamá, por qué se apena? Comprando la tela, me complacía a mí, únicamente a mí; mientras que así, la he complacido a Ud., me he complacido a mí misma y he complacido a esos cuatro chiquitines. Mire, mire mamá, cuántas felicidades, en vez de una, de una sola!!

FIN

Este Libro se
habló de imprimir
en los talleres Tipogr.
fijos de la Imp. para el univ.
de la Real Monarquía de España
el día de mil novecientos
cuarenta y cuatro.

BIBLIOTECA MUNICIPAL
"PEDRO MONCAYO"
IBARRA

